



V Congreso Virtual sobre Historia de las vías de comunicación.

Del 15 al 30 de Septiembre de 2017



Crónicas de viajes en diligencia en los siglos XIX y XX, según los escritos de la época

Jacinto Contreras Vázquez

Crónicas de viajes en diligencia en los siglos XIX y XX, según los escritos de la época

Jacinto Contreras Vázquez

Ingeniero Técnico en Química Industrial

Técnico de Seguridad e Higiene en el Trabajo

INTRODUCCIÓN

Este trabajo consiste en una selección de textos de viajeros españoles (Mariano José de Larra, Ramón de Mesonero Romanos, Pedro Antonio de Alarcón, Padre Pedro Poveda por Flavia Paz Velázquez y Alfredo Cazabán Laguna por Tomás Moreno Bravo) y extranjeros (Teófile Gautier, Émile Bégin y Emil Adolf Rossmässler) que escribieron sus experiencias de viaje por España, describiéndonos como eran las diligencias, sus conductores y la dureza del viaje. Y termina con una selección bibliográfica de algunos de esos libros de viajes.

Revista española de ambos mundos 1853-1855

Desde 1821 existía servicio de diligencia entre Madrid y Bayona y en 1853 la Compañía de Diligencias Generales tenía servicio a diario en coches de 15 asientos que salían de Madrid a las seis de la mañana y llegaban a Bayona a las dos de la tarde del quinto día (tras cubrir las 98 leguas del trayecto y hacer cena y cama en Parador de Peralta, Burgos, Vitoria y Astigarraga). El viajero con prisas podía utilizar la Compañía de Maestros de Postas de la Mala, encargada del correo, en carruajes de cinco a siete asientos que salían de Madrid los martes, jueves y sábados a la una de la madrugada y llegaban al tercer día a Bayona, a las siete de la tarde (con cenas respectivamente en Bahabón y en Vitoria). <http://www.filosofia.org/hem/med/m041.htm>

Tipos de carruajes para viajeros

Diligencia: era un carruaje de camino, de cuatro ruedas, que hacía un servicio regular entre dos poblaciones extremas de su ruta con itinerario fijo.

Cuenta con tres departamentos:

Berlina en la parte anterior con asiento transversal para tres plazas, ventanillas de cristales al frente y dos puertas laterales de vidrio. Va detrás del pescante y debajo de él pues se encuentra éste elevado sobre el techo de la caja.

Interior, colocado detrás de la berlina y en el centro del carruaje como su nombre indica. Tiene dos asientos transversales y es por lo tanto doble que la berlina. Tiene puertas laterales con cristales entre los asientos.

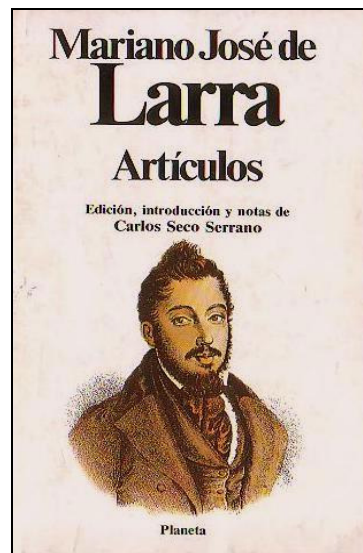
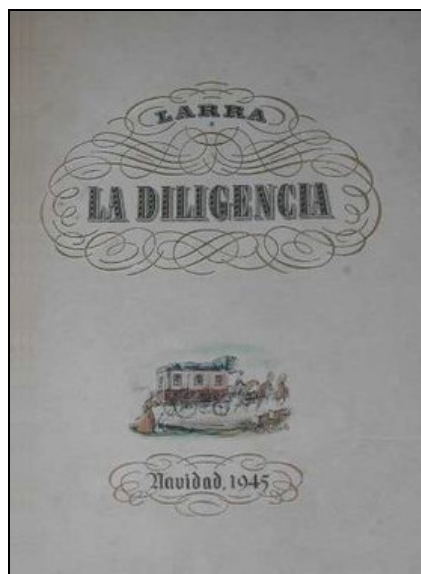
Rotonda que ocupa la parte posterior del carruaje con dos asientos laterales para tres o cuatro plazas cada uno. Tiene puerta trasera central entre los asientos y estribos en todas las puertas.

En algunas diligencias falta el departamento central y entonces a la *rotonda* se la llama *interior*. La cubierta más resistente que la del ómnibus tiene barandilla para contener los equipajes y fardos y en la que se fija la *baka*: inmensa piel formada de cuero cosido y claveteado con anillos en las orillas para sujetarla con cuerdas a la barandilla. Detrás del pescante, sobre el techo del carruaje y delante de la barandilla hay otro departamento, el *cupé*, formado por un asiento transversal para tres plazas abierto por delante con cubierta de cuero para los pies y las piernas que se une a una capota como la de los cupés.

Galera: es un carro de tracción a sangre de gran tamaño, sin elásticos, suspendido en sopandas de cuero, con una puerta trasera y asientos como para seis u ocho personas. Las palabras de un viajero británico puede ser la mejor forma de entender cómo era este tipo de carruaje:

La galera no es ni más ni menos que un enorme furgón, o mejor dicho, una pequeña casa colocada sobre cuatro ruedas, de una construcción tan sólida que parece tener desconfianza del tiempo. Solamente el bastidor era de madera; de los laterales colgaban esteras de esparto o paja y el fondo, en lugar de estar entablado, consistía en una red de cuerdas sobre la que se apilaba la carga. Los pasajeros eran acomodados como fardos hasta hallar la postura conveniente. Todo era tapado por una cubierta de hierro sujeta por aros de madera y cañas transversales, y las aberturas de atrás y delante eran cerradas a placer por medio de unas cortinas de esparto...

Artículos de costumbres



LA DILIGENCIA

Mariano José de Larra



Cuando nos quejamos de que «esto no marcha», y de que la España no progresa, no hacemos más que enunciar una idea relativa; generalizada la proposición de esa suerte, es evidentemente falsa; reducida a sus límites verdaderos, hay un gran fondo de verdad en ella.

Así como no notamos el movimiento de la tierra, porque todos vamos envueltos en él, así no echamos de ver tampoco nuestros progresos. Sin embargo, ciñéndonos al objeto de este artículo, recordaremos a nuestros lectores que no hace tantos años carecíamos de multitud de ventajas, que han ido naciendo por sí solas y colocándose en su respectivo lugar; hijas de la época, secuelas indispensables del adelanto general del mundo. Entre ellas, es acaso la más importante la facilitación de las comunicaciones entre los pueblos apartados; los tiranos, generalmente cortos de vista, no han considerado en las diligencias más que un medio de transportar paquetes y personas de un pueblo a otro; seguros de alcanzar con su brazo de hierro a todas partes, se han sonreído imbécilmente al ver mudar de sitio a sus esclavos; no han considerado que las ideas se agarran como el polvo a los paquetes y viajan también en diligencia. Sin diligencias, sin navíos, la libertad estaría todavía probablemente encerrada en los Estados Unidos. La navegación la trajo a Europa; las diligencias han coronado la obra; la rapidez de las comunicaciones ha sido el vínculo que ha reunido a los hombres de todos los países; verdad es que ese lazo de los liberales lo es también de sus contrarios; pero ¿qué importa? La lucha es así general y simultánea; sólo así puede ser decisiva.

Hace pocos años, si le ocurría a usted hacer un viaje, empresa que se acometía entonces sólo por motivos muy poderosos, era forzoso recorrer todo Madrid,

preguntando de posada en posada por medios de transporte. Éstos se dividían entonces en coches de colleras, en galeras, en carrromatos, tal cual tartana y acémilas. En la celeridad no había diferencia ninguna; no se concebía cómo podía un hombre apartarse de un punto en un solo día más de seis o siete leguas; aun así era preciso contar con el tiempo y con la colocación de las ventas; esto, más que viajar, era irse asomando al país, como quien teme que se le acabe el mundo al dar un paso más de lo absolutamente indispensable. En los coches viajaban sólo los poderosos; las galeras eran el carruaje de la clase acomodada; viajaban en ellas los empleados que iban a tomar posesión de su destino, los corregidores que mudaban de vara; los carrromatos y las acémilas estaban reservadas a las mujeres de militares, a los estudiantes, a los predicadores cuyo convento no les proporcionaba mula propia. Las demás gentes no viajaban; y semejantes los hombres a los troncos, allí donde nacían, allí morían. Cada cual sabía que había otros pueblos que el suyo en el mundo, a fuerza de fe; pero viajar por instrucción y por curiosidad, ir a París sobre todo, eso ya suponía un hombre superior, extraordinario, osado, capaz de todo; la marcha era una hazaña, la vuelta una solemnidad; y el viajero, al divisar la venta del Espíritu Santo, exclamaba estupefacto: «¡Qué grande es el mundo!». Al llegar a París, después de dos meses de medir la tierra con los pies, hubiera podido exclamar con más razón: «¡Qué corto es el año!».

A su vuelta, ¡qué de gentes le esperaban, y se apiñaban a su alrededor para cerciorarse de si había efectivamente París, de si se iba y se venía, de si era, en fin, aquel mismo el que había ido, y no su ánima que volvía sola! Se miraba con admiración el sombrero, los anteojos, el baúl, los guantes, la cosa más diminuta que venía de París. Se tocaba, se manoseaba, y todavía parecía imposible. ¡Ha ido a París! ¡Ha vuelto de París! ¡Jesús!

Los tiempos han cambiado extraordinariamente; dos emigraciones numerosas han enseñado a todo el mundo el camino de París y Londres. Como quien hace lo más hace lo menos, ya el viaje por el interior es una pura bagatela, y hemos dado en el extremo opuesto; en el día se mira con asombro el que no ha estado en París; es un punto menos que ridículo. ¿Quién será él, se dice, cuando no ha estado en ninguna parte? Y efectivamente, por poco liberal que uno sea, o está uno en la emigración, o de vuelta de ella, o disponiéndose para otra; el liberal es el símbolo del movimiento perpetuo, es el mar con su eterno flujo y reflujo. Yo no sé cómo se lo componen los absolutistas; pero para ellos no se han establecido las diligencias; ellos esperan siempre a pie firme la vuelta de su Mesías; en una palabra, siempre son de casa; este partido no tiene más inconveniente que el del caracol; toda la diferencia está en tener la cabeza fuera o dentro de la concha. A propósito, ¿la tiene ahora dentro o fuera?

Volviendo empero a nuestras diligencias, no entraré en la explicación minuciosa y poco importante para el público de las causas que me hicieron estar no hace muchos días en el patio de la casa de postas, donde se efectúa la salida de las diligencias llamadas «reales», sin duda por lo que tienen de efectivas. No sé qué tienen las diligencias de común con Su Majestad; una empresa particular las dirige, el público las llena y las sostiene. La misma duda tengo con respecto a los *billares*; pero como si hubiera yo de extender ahora en el papel todas mis dudas no haría gran diligencia en

el artículo de hoy, prescindiré de digresiones, y diré en último resultado, que ora fuese a despedir a un amigo, ora fuese a recibirle, ora, en fin, con cualquier otro objeto, yo me hallaba en el patio de las diligencias.

No es fácil imaginar qué multitud de ideas sugiere el patio de las diligencias; yo por mi parte me he convencido que es uno de los teatros más vastos que puede presentar la sociedad moderna al escritor de costumbres.

Todo es allí materiales, pero hechos ya y elaborados; no hay sino ver y coger. A la entrada le llama a usted ya la atención un pequeño aviso que advierte, pegado en un poste, que nadie puede entrar en el establecimiento público sino los viajeros, los mozos que traen sus fardos, los dependientes y las personas que vienen a despedir o recibir a los viajeros; es decir, que allí sólo puede entrar todo el mundo. Al lado numerosas y largas tarifas indican las líneas, los itinerarios, los precios; aconsejaremos sin embargo a cualquiera, que reproduzca, al ver las listas impresas, la pregunta de aquel palurdo que iba a entrar años pasados en el Botánico con chaqueta y palo, y a quien un dependiente decía:

-No se puede pasar con ese traje; ¿no ve el cartel puesto de ayer?

-Sí, señor -contestó el palurdo-, pero... ¿eso rige todavía?

Lea, pues, el curioso las tarifas y pregunte luego: verá cómo no hay carruajes para muchas de las líneas indicadas; pero no se desconsuele, le dirán la razón.

-¡Como los facciosos están por ahí, y por allí, y por más allá!

Esto siempre satisface; verá además cómo los precios no son los mismos que cita el aviso; en una palabra, si el curioso quiere proceder por orden, pregunte y lea después, y si quiere atajar, pregunte y no lea. La mejor tarifa es un dependiente; podrá suceder que no haya quien dé razón; pero en ese caso puede volver a otra hora, o no volver si no quiere.

El patio comienza a llenarse de viajeros y de sus familias y amigos; los unos se distinguen fácilmente de los otros. Los viajeros entran despacio; como muy enterados de la hora, están ya como en su casa; los que vienen a despedirles, si no han venido con ellos, entran deprisa y preguntando:

-¿Ha marchado ya la diligencia? ¡Ah, no; aquí está todavía!

Los primeros tienen capa o capote, aunque haga calor; echarpe al cuello y gorro griego o gorra si son hombres; si son mujeres, gorro o papalina, y un enorme ridículo; allí va el pañuelo, el abanico, el dinero, el pasaporte, el vaso de camino, las llaves, ¡qué más sé yo!

Los acompañantes, portadores de menos aparato, se presentan vestidos de ciudad, a la ligera.

A la derecha del patio se divisa una pequeña habitación; agrupados allí los viajeros al lado de sus equipajes, piensan el último momento de su estancia en la población; media hora falta sólo; una niña -¡qué joven, qué interesante!-, apoyada la mejilla en la mano, parece exhalar la vida por los ojos cuajados en lágrimas; a su lado el objeto de sus miradas procura consolarla, oprimiendo acaso por última vez su lindo pie, su trémula mano...

-Vamos, niña -dice la madre, robusta e impávida matrona, a quien nadie oprime nada, y cuya despedida no es la primera ni la última-, ¿a qué vienen esos llantos? No parece sino que nos vamos del mundo.

Un militar que va solo examina curiosamente las compañeras de viaje; en su aire determinado se conoce que ha viajado y conoce a fondo todas las ventajas de la presión de una diligencia. Sabe que en diligencia el amor sobre todo hace mucho camino en pocas horas. La naturaleza, en los viajes, desnuda de las consideraciones de la sociedad, y muchas veces del pudor, hijo del conocimiento de las personas, queda sola y triunfa por lo regular. ¿Cómo no adherirse a la persona a quien nunca se ha visto, a quien nunca se volverá acaso a ver, que no le conoce a uno, que no vive en su círculo, que no puede hablar ni desacreditar, y con quien se va encerrado dentro de un cajón dos, tres días con sus noches? Luego parece que la sociedad no está allí; una diligencia viene a ser para los dos sexos una isla desierta; y en las islas desiertas no sería precisamente donde tendríamos que sufrir más desaires de la belleza. Por otra parte, ¡qué franqueza tan natural no tiene que establecerse entre los viajeros! ¡Qué multitud de ocasiones de prestarse mutuos servicios! ¡Cuántas veces al día se pierde un guante, se cae un pañuelo, se deja olvidado algo en el coche o en la posada! ¡Cuántas veces hay que dar la mano para bajar o subir! Hasta el rápido movimiento de la diligencia parece un aviso secreto de lo rápida que pasa la vida, de lo precioso que es el tiempo; todo debe ir de prisa en diligencia. Una salida de un pueblo deja siempre cierta tristeza que no es natural al hombre; sabido es que nunca está el corazón más dispuesto a recibir impresiones que cuando está triste: los amigos, los parientes que quedan atrás dejan un vacío inmenso. ¡Ah! ¡La naturaleza es enemiga del vacío!

Nuestro militar sabe todo esto; pero sabe también que toda regla tiene excepciones, y que la edad de quince años es la edad de las excepciones; pasa, pues, rápidamente al lado de la niña con una sonrisa, mitad burlesca, mitad compasiva.

-¡Pobre niña! -dice entre dientes-; ¡lo que es la poca edad! ¡Si pensará que no se aprecian las caras bonitas más que en Madrid! El tiempo le enseñará que es moneda corriente en todos los países.

Una bella parece despedirse de un hombre de unos cuarenta años; el militar fija el lente; ella es la que parte; hay lágrimas, sí; pero ¿cuándo no lloran las mujeres? Las lágrimas por sí solas no quieren decir nada; luego hay cierta diferencia entre éstas y las de la niña; una sonrisa de satisfacción se dibuja en los labios del militar. Entre las ternezas de despedida se deslizan algunas frases, que no son reñir enteramente, pero poco menos: hay cierta frialdad, cierto dominio en el hombre. ¡Ah, es su marido!

«Se puede querer mucho a su marido -dice el militar para sí- y hacer un viaje divertido.

-¡Voto va!, ya ha marchado -entra gritando un original cuyos bolsillos vienen llenos de salchichón para el camino, de frasquetes ensogados, de petacas, de gorros de dormir, de pañuelos, de chismes de encender... ¡Ah!, ¡ah!, éste es un verdadero viajero; su mujer le acosa a preguntas:

-¿Se ha olvidado el pastel?

-No, aquí le traigo.

-¿Tabaco?

-No, aquí está.

-¿El gorro?

-En este bolsillo.

-¿El pasaporte?

-En este otro.

Su exclamación al entrar no carece de fundamento, faltan sólo minutos, y no se divisa disposición alguna de viaje. La calma de los mayores y zagales contrasta singularmente con la prisa y la impaciencia que se nota en las menores acciones de los viajeros; pero es de advertir que éstos, al ponerse en camino, alteran el orden de su vida para hacer una cosa extraordinaria; el mayoral y el zagal por el contrario hacen lo de todos los días.

Por fin, se adelanta la diligencia, se aplica la escalera a sus costados, y la baca recibe en su seno los paquetes; en menos de un minuto está dispuesta la carga, y salen los caballos lentamente a colocarse en su puesto. Es de ver la impasibilidad del conductor a las repetidas solicitudes de los viajeros.

-A ver, esa maleta; que vaya donde se pueda sacar.

-Que no se moje ese baúl.

-Encima ese saco de noche.

-Cuidado con la sombrerera.

-Ese paquete, que es cosa delicada.

Todo lo oye, lo toma, lo encajona, a nadie responde; es un tirano en sus dominios.

-La hoja, señores, ¿tienen ustedes todos sus pasaportes? ¿Están todos? Al coche, al coche.

El patio de las diligencias es a un cementerio lo que el sueño a la muerte, no hay más diferencia que la ausencia y el sueño pueden no ser para siempre; no les comprende el terrible *voi ch'intrate lasciate ogni speranza*, de Dante.

Se suceden los últimos abrazos, se renuevan los últimos apretones de manos; los hombres tienen vergüenza de llorar y se reprimen, y las mujeres lloran sin vergüenza.

-Vamos, señores -repite el conductor; y todo el mundo se coloca.

La niña, anegada en lágrimas, cae entre su madre y un viejo achacoso que va a tomar las aguas; la bella casada entre una actriz que va a las provincias, y que lleva sobre las rodillas una gran caja de cartón con sus preciosidades de reina y princesa, y una vieja monstruosa que lleva encima un perro faldero, que ladra y muerde por el pronto como si viese al aguador, y que hará probablemente algunas otras gracias por el camino. El militar se arroja de mal humor en el cabriolé, entre un francés que le pregunta: «¿Tendremos ladrones?» y un fraile corpulento, que con arreglo a su voto de humildad y de penitencia, va a viajar en estos carruajes tan incómodos. La rotonda va ocupada por el hombre de las provisiones; una robusta señora que lleva un niño de pecho, y un bambino de cuatro años, que salta sobre sus piernas para asomarse de continuo a la ventanilla; una vieja verde, llena de años y de lazos, que arregla entre las piernas del suculento viajero una caja de un loro, e hinca el codo, para colocarse, en el costado de un abogado, el cual hace un gesto, y vista la mala compañía en que va, trata

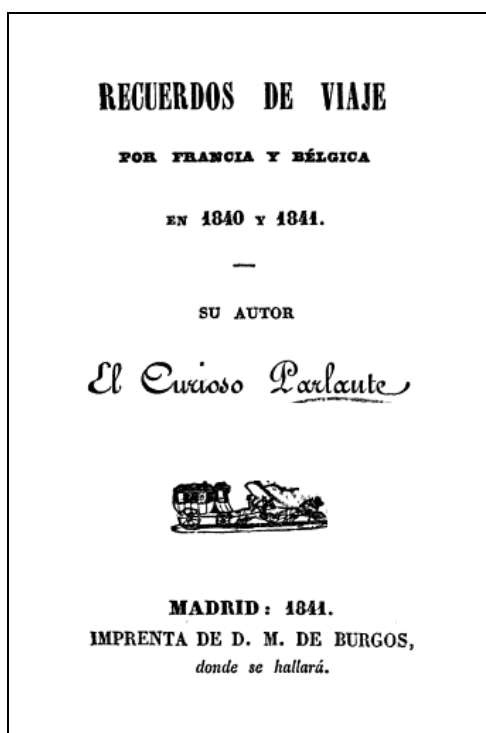
de acomodarse para dormir, como si fuera ya juez. Empaquetado todo el mundo se confunden en el aire los ladridos del perrito, la tos del fraile, el llanto de la criatura; las preguntas del francés, los chillidos del bambino, que arrea los caballos desde la ventanilla, los sollozos de la niña, los juramentos del militar, las palabras enseñadas del loro, y multitud de frases de despedida.

- Adiós.
- Hasta la vuelta.
- Tantas cosas a Pepe.
- Envíame el papel que se ha olvidado.
- Que escribas en llegando.
- Buen viaje.

Por fin suena el agudo rechinido del látigo, la mole inmensa se conmueve y, estremeciendo el empedrado, se emprende el viaje, semejante en la calle a una casa que se desprendiese de las demás con todos sus trastos e inquilinos a buscar otra ciudad en donde empotrarse de nuevo.

Revista Mensajero, n.º. 47, 16 de abril de 1835. Firmado: Fígaro.

Recuerdos de viaje por Francia y Bélgica en 1840-1841 El Curioso Parlante (*Ramón de Mesonero Romanos*)



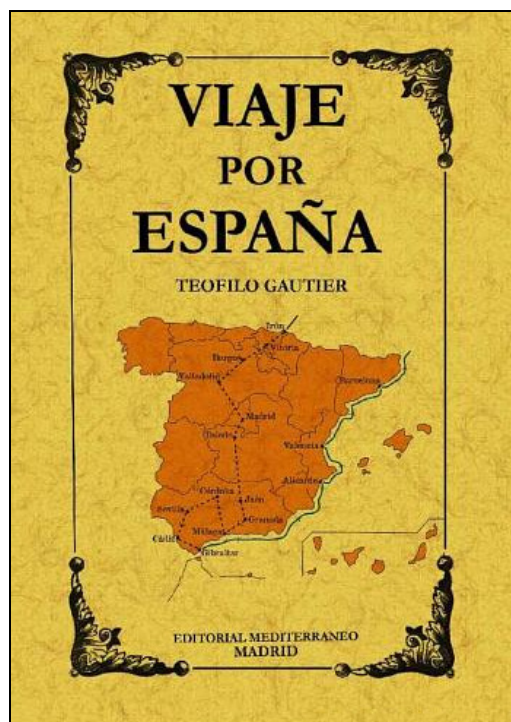
III.- De Bayona a Burdeos

Tan gran facilidad de comunicación proporciona una circulación, un movimiento tal en aquel país, que viene á convertirse en contratiempo, pues no parece sino que todo el mundo está á todas horas en todas partes: así que no pocas ocasiones acontece el hallarse sin asientos disponibles, ó tener que variar de rumbo para evitar la concurrencia. La forma de las diligencias es semejante á la adoptada entre nosotros, y constan también de tres divisiones, de berlina (*coupe*), interior, y rotonda (*gondole*). Además tienen arriba dos ó mas asientos sobre lo que se llama la imperial. Allí también se coloca el conductor, que separado por este motivo de toda comunicación con los viajeros del interior del coche, se ocupa silenciosamente desde su elevada altura en dirigir las riendas de los caballos. Estos son ordinariamente cuatro ó cinco, y á veces mas, si lo exige el estado del camino; y suelen andar á razón de tres leguas francesas por hora, sin que en este punto sean muy escrupulosos cuando la estación es mala; de suerte que por regla general puede asegurarse que nuestras diligencias andan el mismo espacio en igual tiempo dado.- Pero en lo que existe notable diferencia es en el precio, pues en las de Francia no llega regularmente á dos rs. por legua, y en las nuestras sube por lo menos al doble. Sin embargo, para proceder con la debida imparcialidad, y huyendo justamente de todo movimiento de admiración exagerada, debemos aquí reconocer que, salvas aquellas diferencias, es mas grata la vida de la diligencia española, mas cómodo su servicio particular. En primer lugar, por moderno establecimiento, por su precio bastante elevado, y por la escasez de otros medios mas rápidos de comunicación, reasume todavía el privilegio de servir á las clases mas acomodadas y distinguidas: lo cual asegura al viajero la ventaja de hallarse en medio de una agradable sociedad, que participando de unas inclinaciones análogas, siguiendo las mas veces reunida toda la estension del viaje, haciendo sus altos correspondientes á pasar las noches en las posadas, y participando, en fin, de los mutuos temores y del peligro común, no es extraño lleguen á intimar hasta el punto que acaso haya quien vea acercarse con sentimiento el término de su viaje. -Por otro lado, *el mayoral ó conductor, el zagal y el postillón*, sentados los dos primeros en el delantero del coche y el último sobre la primer caballería del tiro, se hallan continuamente en franca correspondencia con los viajeros, de quien reciben, cuando el cigarrito, cuando el resto del refrigerio, á cambio de una condescendencia ó de una protesta de seguridad que disipa los temores de todo mal encuentro.—Sabido es además que desde el punto y hora en que el mayoral español hace resonar el primer chasquido de su látigo, comienza entre él y sus mulas el interesante diálogo, á que responden alternativamente con el inteligente movimiento de sus pies y de sus orejas *la Capitana, la Generala, la Coronela, la Gallarda*, y el macho *Pulido*, favorito especial á quien se dirigen de preferencia sus apóstrofes y reniegos- Durante toda la travesía dá á los viajeros todas cuantas pruebas de deferencia permite su consigna, y contribuye no poco á hacerle olvidar la monotonía del país que se despliega á su vista. Si le preguntan

cuantas leguas dista de la ciudad, siempre consuela con que son cortas: si le manifiestan temores por ciertos bultos que atraviesan el camino, siempre nos conforma con la seguridad de que en todo el mes no le han asaltado todavía; si una angustiada dama se le queja de sed, se apresura á alargarla su bota de *Yepes* o *Valdepeñas*; si un chiquillo juguetero quiere coger un nido de gorriones ó ver las mulas, le permite bajar á trepar á los árboles ó sentarse con él en el delantero. Es en fin el patrón del buque; el útil é indispensable comensal de toda la tripulación; y raro es el viajero un poco curioso que al llegar al término de su viaje no lleva en su memoria el nombre, la historia y semblanza del complaciente conductor. Las paradas á dormir en las posadas, (si ellas fueran mejores) no puede negarse que proporcionan una grande comodidad, pues si bien es cierto que se roban algunas horas al canino, también hay que convenir en que son de descanso al cuerpo y de grato solaz al ánima pecadora.- Seriamos injustos sin embargo, si respecto á las posadas ó paradores de las grandes carreras que corre la diligencia, no reconociéramos notables mejoras en estos últimos tiempos, y tales que muchas de ellas las hemos hallado superiores al escaso interés que pueden reportar por la falta de viajeros. No se busque, empero, aquella elegancia de forma, aquella coquetería de accesorios que hemos indicado respecto de los hoteles franceses en el artículo anterior; pero por lo menos puede contarse con una mesa abundante y sana, con camas limpias, y un precio fijo y moderado. -La marcha canonical de nuestra diligencia, permite por otro lado disfrutar ampliamente de aquellas ventajas, y no solo da el tiempo suficiente para comer y dormir con todo descanso, sino que todavía puede el viajero aprovechar largos ratos en visitar la plaza del lugar ó la colegiata, al mercado los jueves, á misa los domingos, y descansar, aunque algo metafóricamente por las noches sobre algún empedernido colchón. En la diligencia francesa es otra cosa: En primer lugar la sociedad que en ella se reúne es bastante heterogénea, gracias á la estremada baratura del precio y á los medios mas cómodos de transporte, Comisionistas, corredores de comercio (*comis voyageurs*) tipo especial francés, jóvenes despiertos y aun atolondrados que acaso bosquejaremos algún día; oficiales del ejército que mudan de guarnición; cómicos y empresarios de los teatros de provincia; estudiantes y entretenidas; modistas y amas de cría; hermanas de la caridad y poetas excéntricos y no comprendidos en su lugar. -Tales son los elementos que en ellas vienen á reunirse generalmente, y ya se deja conocer que no hay que esperar de ellos aquellas delicadas atenciones, aquellos rendidos obsequios, aquella amable deferencia que suele regularmente hacer agradable el viaje en nuestros coches públicos. -Allá por el contrario, el individualismo está mas caracterizado; cada cual retiene para sí el mejor sitio posible, y le defiende obstinadamente aun contra los privilegios de la edad ó las gracias de la hermosura; y cuenta, que el rincón de un coche no es cosa indiferente cuando han de pasarse en él las largas noches de invierno- Hay viajeros y viajeras que imponen á sus compañeros su inevitable locuacidad, persiguiéndole hasta en los secretos de su vida interior ó de sus proyectos futuros; y los hay también que se aíslan y se reconcentran en sí mismos, y á la hora conveniente asoman su cestita de provisiones, y se complacen en desplegar la vista de los hambrientos colaterales, ya el rico, pastel de Perigord, ya el sabroso

queso de Gruyere, ya los dulces de Metz ó los salchichones de Marsella; sazondando, estos delicados frutos con las descomunales ojeadas que suelen acompañar la implacable cesta en el momento de su ocultación. El conductor francés, personaje mudo y absolutamente incógnito á la tripulación, colocado allá en la región de las nubes, dirige mecánicamente desde allí su ponderosa m. quina, sin apóstrofes, sin diálogos, sin interrupción. Llegando á la parada donde ha de remudarse el tiro, no se cuida de averiguar si algún viajero quiere descender, si alguno ha descendido ya y se queda atrás. Todo su celo se limita á reforzar su individuo con un vaso de aguardiente, y hacer que se enganchen los caballos en el menor tiempo posible; verificado lo cual vuelve á encaramarse á las al ras, y dá con un silbido la señal de marchar, De noche, de día, la misma operación, el mismo silencio.-Los viajeros se remudan frecuentemente en toda la línea y apenas tienen tiempo de reconocerse.—Tal por ejemplo habrá que habiendo tenido al lado toda la noche una tremenda vieja contemporánea de la Pompadour, se ha visto obligado á sumergir su cabeza en el rincón del coche, y á dormir por intervalos entre el armonioso ruido de las ruedas y de los cristales y la memoria infausta de aquel vestigio. De pronto sus ojos, heridos por los primeros rayos del sol, se abren impacientes, y encuentran, no sin agradable sorpresa, que durante el último término de la noche la vieja secular ha desaparecido, y trasformándose en una graciosa paisana provenzal ó en una linda costurera de la Chaussé d'Antin; con lo cual da el viajero á los diablos su sueño pertinaz que no le permitió saber á tiempo tan mágica transformación.

Viaje por España // Teófilo Gautier // Editorial Mediterráneo, Madrid, 1840, 272 págs.



Capítulo XI. PROCESIÓN DEL CORPUS EN MADRID. —ARANJUEZ. —LA CAMPIÑA DE OCAÑA. — UNA NOCHE EN MANZANARES. — LOS CUCHILLOS DE SANTA CRUZ. BAILÉN. — JAÉN: SU CATEDRAL Y SUS MAJOS. —GRANADA. — LA ALAMEDA. —LA ALHAMBRA. —EL GENERALIFE. —EL ALBAICÍN. —LA CARTUJA. —SANTO DOMINGO. —ASCENSIÓN AL MULHACEN.

Había que pasar de nuevo por Madrid para tomar la diligencia de Granada. Podíamos haberla esperado en Aranjuez, pero corríamos el peligro de encontrarla llena. Nos decidimos por ir a Madrid. A eso de la una llegamos a Illescas, casi abrasados y sin más incidentes que el del calor, nada nuevo ofrecía para nosotros el camino, salvo el recorrerlo en sentido inverso. Después de permanecer en la posada el tiempo necesario, reanudamos la marcha. Se necesitaba verdaderamente un gran valor para abandonar con treinta grados de temperatura una posada donde se tienen a mano varias filas de jarros, botijos y otros cacharros cubiertos de agradable transpiración. Beber agua es una voluptuosidad que no he conocido hasta llegar a España. Bien es verdad que el agua es allí ligera, límpida y de exquisito sabor.

Ya conocíamos Madrid y nos encontramos a nuestra vuelta otra, cosa de particular que es la procesión del Corpus, la cual ha perdido mucho de su antiguo esplendor, debido a la clausura de los conventos y a la supresión de las cofradías religiosas. Sin embargo, todavía conserva gran solemnidad. Los lugares por donde ha de pasar la procesión están cubiertos de arena fina, y encima de las calles hay unos grandes toldos de lona que van de casa a casa de enfrente para mantener en las calles una sombra fresca y grata. Los balcones están llenos de bellas mujeres, elegantemente vestidas. Ofrece el conjunto un golpe de vista de lo más encantador que puede darse. El movimiento de los abanicos que se abren, se cierran, palpitan y se agitan como vuelos de mariposa; el movimiento de brazos de las mujeres; sus ademanes al arreglarse la mantilla y al corregir los pliegues de su ropa; las miradas que se cruzan de un balcón a otro entre los conocidos; la inclinación de cabeza y el gracioso gesto que acompaña al saludo con que las señoras responden a los caballeros; la multitud pintoresca, mezclada de gallegos, montañeses, levantinos, manolas y aguadores; todo esto forma un espectáculo de una animación y una alegría sorprendente. Delante de la procesión van los niños de la Inclusa, vistiendo sus uniformes azules. En aquella larga fila de criaturas observamos pocas que tuviesen un rostro agradable; el mismo Himeneo en plena indiferencia conyugal no hubiera podido producir nada menos acertado que aquellos hijos del amor. Después pasan los estandartes de las parroquias, el clero, las urnas de plata y bajo un dosel de tisú de oro el Cuerpo de Dios rodeado de un sol de brillantes cuyo fulgor ciega.

La antigua devoción de los españoles me pareció un tanto fría, y en este aspecto no encontré diferencia con París en los tiempos en que no arrodillarse ante el Santo Sacramento, era una actitud de buen gusto. Apenas si al paso del Monumento los hombres se llevaban la mano al ala del sombrero. La España católica no existe. La Península hállase entregada a las ideas volterianas y liberales con todos sus conceptos sobre el feudalismo, el fanatismo y la Inquisición.

Madrid llegó a parecernos insoportable, y los dos días que aún permanecemos en él nos parecieron dos siglos. Soñábamos con naranjos, limoneros, castañuelas y trajes pintorescos, cosa que, según nos decía todo el mundo, se hallaban en Andalucía, de la que contaban

maravillas con ese tono un poco fanfarrón, que los españoles no pueden evitar, lo mismo que los gascones franceses.

Por fin llegó el día deseado, pues todo llega en este mundo, incluso lo que uno quiere. Partimos pues en una diligencia muy confortable arrastrada por un ejército de mulas esquiladas, gordas y vigorosas que marchaban velozmente. La diligencia estaba tapizada de nankín y provista de cortinillas y persianas verdes. Después de las galeras, sillas volantes y calesas en que habíamos traqueteado hasta entonces, este vehículo nos pareció algo magnífico. Efectivamente hubiera sido muy cómodo sin aquella temperatura de horno que nos achicharraba, a pesar de los abanicos agitados constantemente y de la ligereza de nuestros vestidos.

Los alrededores de Madrid son tristes, ardientes y áridos. El cielo en el centro del día es de color plumizo; la tierra, de un gris de pólvora, en la que brillan chispas de luz. Para hallar un poco de defensa contra los rayos devoradores del sol hay que seguir la estrecha franja de sombra casi azul que proyectan las tapias. Hemos de tener en cuenta que nos hallamos en pleno mes de julio, época que no es la más a propósito para tener fresco viajando por España. Pero a nosotros nos gusta visitar los países en su estación más rigurosa; España en verano y Rusia en invierno.

Poco hay que mencionar hasta el Real Sitio de Aranjuez. Aranjuez es un palacio de ladrillo con esquinas de piedra, blanco y rojo, con tejados de pizarra, pabellones y veletas que recuerdan los edificios que estuvieron en moda en la época de Enrique III y de Luis XIII, como el palacio de Fontainebleau y las casas de la Plaza Real de París. Se cruza el Tajo por un puente colgante. El río mantiene una frescura en la vegetación que produce la admiración de los españoles y que permite que se desarrollen allí con lozanía los árboles del Norte. Al salir del pueblo se encuentra a la izquierda la Plaza de Toros, de aspecto monumental. De Aranjuez a Ocaña el paisaje, sin tener nada de particular, presenta trozos pintorescos. Teníamos que cenar y dormir en Ocaña para esperar allí el Correo real y unirnos a él para aprovechar su escolta, pues pronto nos internaríamos en la Mancha, infectada a la sazón por los Palillos, Polichinelas y otros honorables ciudadanos con los que no era agradable encontrarse. Paramos en una posada excelente, con su patio de columnas cubierto por un toldo. Al día siguiente, a las cinco de la tarde, después de dormir la siesta, nos levantamos para dar una vuelta por el pueblo en espera de la comida, que fue bastante aceptable o, por lo menos, así pareció a nuestro apetito. Poco después llegaba el Correo Real, en el que venía una escolta especial de cuatro jinetes, armados con trabucos, pistolas y unos magníficos sables. Eran hombres, de alta estatura, de rostros muy típicos, con sus patillas negras, sombreros puntiagudos de alas anchas, calzones de pana y polaina de cuero. Su aspecto era más de ladrones que de gendarmes, por lo que nos pareció casi una muestra de humorismo el llevarlos con nosotros por temor a encontrarnos con ellos. Veinte soldados metidos en una galera seguían al Correo real.

Toda la llanura del Reino de Toledo, que cruzábamos era un yermo espantoso, como próximo a la Mancha, patria de Don Quijote, y provincia la más desolada y estéril de España. Puerto Lápiche consiste en algunas ruinas, dispersas aquí y allá o suspendidas en la pendiente, de algunas laderas agrietadas a fuerza de calor y que se desgarran en extrañas heridas: aquello es el colmo de la desnudez. la miseria es tanto más desconsoladora cuanto que el resplandor de un cielo implacable hace resaltar toda su fealdad. La melancolía, envuelta en niebla, de los

países del Norte, no significa nada junto a la tristeza, de los países luminosos y tórridos. Al ver aquellas casuchas, se siente lástima hacia los pobres ladrones obligados a, vivir de su trabajo en una comarca, donde no se encuentra con qué hacer un huevo pasado por agua en diez leguas a la redonda.

Poco después de Puerto Lápiche se entra en la Mancha. Dos o tres molinos de viento, que presumen de haber sostenido el choque de la lanza de Don Quijote, se alzan hacia la derecha, golpeando de cuando en cuando perezosamente sus alas flácidas, empujadas por un débil viento. La venta donde nos detuvimos para beber dos o tres jarras de agua fresca se vanagloria también de haber alojado al héroe inmortal de Cervantes.

A media noche y medio muertos de hambre llegamos a Manzanares. El Correo, que nos precedía, utilizando su derecho de prioridad en el arribo Y sus buenas relaciones en la posada había agotado las provisiones que consistían, es necesario advertirlo, en tres o cuatro huevos y un trozo de jamón. Nos pusimos a dar voces, quejándonos y lamentándonos de la manera más emocionante, al mismo tiempo que declarábamos que prenderíamos fuego al mesón para asar a la misma mesonera si no había otro alimento. Aquel alarde de energía tuvo su premio, que consistió, a eso de las dos de la madrugada, en una cena para la que tuvieron que despertar a medio pueblo. Pero nos dieron un cuarto de cabrito, huevos con tomate, jamón y queso de cabra, con un vinillo blanco bastante bueno. Comimos todos juntos, en el patio, iluminado por unas lámparas de cobre amarillo, muy semejantes a las antiguas lámparas funerarias, cuya llama, agitada por el viento, proyectaba en la noche extrañas sombras, dándonos un aspecto monstruoso de devoradores de niños.

Volvimos a montar en el coche; el sueño nos invadió y cuando volvimos a abrir los ojos nos encontramos en Valdepeñas, pueblo vulgar, que debe su fama exclusivamente a sus viñedos; su nombre de valle pedregoso está plenamente justificado. Nos detuvimos allí para desayunar, y por una inspiración del cielo se me ocurrió la idea de tomar no sólo mi chocolate sino el, de mi compañero, que todavía no había despertado; en previsión del hambre futura, metí en mi taza tantos buñuelos como cupieron, de modo que formé una pasta espesa y sustanciosa que había de bastarme durante largo tiempo. Minutos después emprendimos la marcha a toda prisa, pues había que seguir de cerca al Correo real, para no perder las ventajas de su escolta.

En Santa Cruz, vendían toda clase de cuchillos y navajas, que nos ofrecían a los viajeros; Santa Cruz y Albacete son muy nombrados por la fabricación de cuchillería; hay navajas de estilo árabe y bárbaro muy características, con mango de cobre, cuyos calados dejan al descubierto grandes incrustaciones rojas, verdes o azules; relieves groseros, pero ejecutados con gracia, adornan la hoja, de forma de pescado, y afiladísima. Estas hojas suelen tener letreros como los siguientes: Soy de uno sólo, o bien: Cuando esta víbora pica, no hay remedio en la botica. A veces la hoja tiene tres líneas paralelas, rayadas, cuyo hueco va pintado de carmín, lo que le da una apariencia verdaderamente terrible. El tamaño de estas navajas varía de tres pulgadas a tres pies... Algunos majos (gente elegante del pueblo) llevan navajas que abiertas resultan más largas que un sable: para asegurar abierta la hoja poseen un muelle articulado, junto al mango. La navaja es el arma favorita de la gente del pueblo en España; la manejan con una destreza increíble, y para batirse arrollan la capa en el brazo izquierdo a manera de escudo. Los maestros de este arte son tan numerosos en Andalucía como los maestros de esgrima en París. Todo esgrimidor de la navaja tiene su método especial y sus

golpes secretos; los inteligentes, según se afirma, cuando ven una herida conocen al artista que ha ejecutado el trabajo, de la misma manera que por unas pinceladas se puede identificar a un pintor. Los accidentes del terreno comenzaban a ser más acentuados y frecuentes; subíamos y bajábamos, según íbamos aproximándonos a Sierra Morena, que es el límite del Reino de Andalucía. Detrás de aquella cadena de montañas color violeta se hallaba el paraíso de nuestros sueños. Las piedras se transformaban en rocas; los montes, en macizos abruptos; enormes plantas de cardo de seis o siete pies de altura, erizaban el borde de las rutas como alabardas de invisible ejército. No es posible imaginarse nada más grandioso que esta entrada, que puede considerarse como puerta de Andalucía; se llama el **Puerto de Despeñaperros** (*puerto de los perros*), llamado así porque por él salieron para Andalucía los moros vencidos llevándose consigo la felicidad y la civilización de España. La garganta está tallada; enormes peñascos, de mármol rojo, cuyas capas se van superponiendo de una manera ciclópea, con regularidad arquitectónica. Aquellos enormes bloques de anchas grietas transversales alcanzan unas proporciones que reducen a tamaño microscópico las mayores rocas graníticas de Egipto. Las laderas son tan abruptas por la parte que se inclina hacia el camino, que ha sido necesario preservar a éste con un parapeto, sin el cual las diligencias, siempre lanzadas al galope, y difíciles de guiar a causa de las numerosas revueltas, podrían seguramente dar un salto final de quinientos o seiscientos pies. En Sierra Morena es donde el Caballero de la Triste Figura, imitando a Amadís en la Peña Pobre, cumplió su célebre penitencia, que consistía en hacer cabriolas en camisa sobre las rocas más puntiagudas y donde Sancho Panza, el hombre práctico junto a la locura elevada y noble, encontró la maleta de Cardenio llena de ducados y camisas finas. En España es imposible dar un paso sin que os asalte el recuerdo de Don Quijote: tanto espíritu nacional posee la obra de Cervantes. Sus dos figuras son resumen de todo el carácter español; la exaltación hidalga y el espíritu aventurero unida al sentido práctico y a una bondad jovial llena de finura y humorismo.

Pasada Sierra Morena, el aspecto de la naturaleza cambia totalmente. Es como si de un salto transcurriéramos de Europa a África. Los reptiles corriendo hacia sus agujeros rastrean oblicuos la fina arena de la carretera; empiezan a verse las grandes hojas espinosas de las chumberas. Ante nosotros, extendíase como un panorama infinito el hermoso Reino de Andalucía.

Aquel panorama tenía la grandiosidad del mar; grandes montañas se desarrollaban con ondulaciones de suavidad graciosa, como oleadas; otras cumbres, con jirones extraños, parecían como las telas de esos cuadros antiguos que flotan desgarradas, amarillas por un lado y azules por otro. Todo estaba inundado de sol, de fúlgida luz, como debía ser, la que iluminó el Paraíso terrenal. La luz resbalaba en aquel océano de montañas como, si fuese de oro y plata líquidos, para desbordarse en espumas fosforescentes al chocar con los obstáculos. Aquello era más grande que las más amplias perspectivas del inglés Martywny e infinitamente más hermoso. El infinito en claro es más sublime y extraordinario que el infinito en oscuro. En La Carolina hicimos una comida seria, regada por un buen vino. Ya no teníamos que caminar detrás del Correo. En estos parajes la seguridad era ya perfecta. Cerca de las cuatro llegamos al pueblo de Bailén, célebre por la triste capitulación que ostenta su nombre. Allí teníamos que pasar la noche, y mientras llegaba la hora de la cena fuimos a pasear por el pueblo y los alrededores con una señora granadina y una joven muy bonita que iba a tomar los baños de mar a Málaga, en compañía de su padre y su madre. Pudimos observar que la habitual reserva de los españoles pasa con presteza a convertirse en una cordial y honesta familiaridad y apenas se

dan cuenta de que las personas con quienes tratan no son viajeros de comercio, titiriteros o vendedores de perfumes. La villa de Bailén, con sus techumbres de teja, su iglesia rojiza y el blanco caserío que se apiña al pie del campanario como un rebaño de cabras, producía un primer término admirable; más lejos los campos de trigo ondulados en líneas de oro se extendían hasta el fondo, en el que varias cordilleras se alzaban, dejando ver a lo último las crestas brillantes y lejanas de Sierra Nevada.

Salimos muy de mañana para evitar el calor, y de nuevo pudimos contemplar las hermosas adelfas, relucientes como la gloria y frescas como el amor, que habíamos descubierto la víspera, luego el Guadalquivir nos cortó el paso con sus aguas turbias y amarillentas. Hubimos de cruzarlo en una barcaza, y enseguida emprendimos el camino de Jaén. A la izquierda se nos hizo notar la torre de Torrequebradilla, iluminada, por los rayos de sol y no tardamos mucho tiempo en contemplar la extraña silueta de Jaén, capital del Reino de este nombre. En Jaén es donde he visto los trajes nacionales más pintorescos. Los hombres visten calzones de pana azul, con botones de filigrana de plata, y polaina de Ronda, calada con agujetas y arabescos en un tono más oscuro. Lo más elegante consiste en no abrochar más que los botones de la parte superior, de modo que se pueda lucir la pantorrilla. Este atuendo, que se parece mucho al de los antiguos bandidos italianos, lleva también una ancha faja de seda roja o amarilla, una chaqueta corta de paño con alamares, una manta azul u ocre y un sombrero de alas anchas, puntiagudo, adornado con terciopelo y madroños de seda; algunos hombres llevan traje de cazador: piel de gamo color avellana y pana verde. En España se dice de Jaén: *Ciudad fea y mala gente*, cosa que ningún pintor encontraría exacta. Allí como aquí, para la mayoría de las personas, lo bello de una ciudad consiste en que esté tirada a cordel y sea muy abundante en faroles y en burgueses.

GRANADA

Al salir de Jaén comienza un valle que no termina hasta la vega de Granada. Al principio es árido, presenta unas montañas desnudas, secas, que espejean ardientemente con una reverberación blanquecina. No hay más huella de vegetación que algunas matas de hinojo desprovistas de color. Pero de pronto, el valle se estrecha y se ahonda; empiezan los arroyos, la vegetación se hace más abundante y reaparece la frescura y la sombra. El río de Jaén serpea por el fondo del valle, y allí, entre piedras y rocas que obstaculizan su curso y le obligan a desviarse, corre velozmente. Luego se ensancha el valle y aquí advierto una laguna en mis recuerdos de una longitud de varias leguas. El calor, el tiempo tormentoso por que atravesamos y la atmósfera sofocante, me obligaron a dormirme. Al despertarme era noche cerrada; un viento terrible levantaba remolinos de polvo; una especie de viento que debía de ser próximo pariente del siroco de África. No sé cómo no nos asfixiamos. En medio de aquella niebla polvorienta, las formas de los objetos se alteraban; el cielo, tan espléndido habitualmente en las noches de verano, parecía el techo de un horno. No se distinguía nada a dos pasos de distancia; entramos en Granada a eso de las dos, de la madrugada y paramos en la Fonda del Comercio, con pretensiones de hotel a la francesa, en la que en las camas no tenían sábanas y donde nos fue preciso tumbarnos vestidos sobre los catres. Pero todos esos inconvenientes no nos preocupaban ni poco ni mucho. ¡Estábamos en Granada! ¡No tardaríamos más que algunas horas en ver la Alhambra y el Generalife!



THE PUERTO DE ARENAS—ROUTE FROM GRANADA TO JAEN.

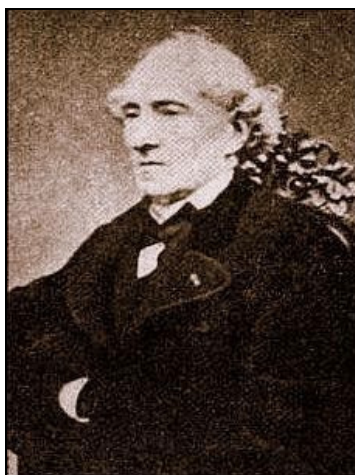
To face page 192.

La diligencia a su paso por el puerto de Arenas, según Gustave Doré y Charles Davillier.
A su paso por La Cerradura de Pegalajar, según Enrique Escobedo Molinos.

VOYAGE PITTORESQUE EN ESPAGNE, ET EN PORTUGAL (1852)

Émile Bégin (1802-1888),

Parte I: Desde la frontera hasta Vitoria.



Émile Bégin, médico, oficial de sanidad e historiador francés, 1872.

Ni que decir tiene que los grabados de los hermanos *Rouargue*, se encuentran reproducidos en infinidad de sitios, y que existen numerosas copias y reproducciones en colecciones de museos y galerías, por lo que junto con la insertación de las ilustraciones, aprovecho para añadir algunos comentarios sobre el itinerario seguido por *Émile Bégin*, e incluir la traducción de algunos párrafos de su libro.

Los comentarios que hace *monsieur Bégin*, en ocasiones no son nada elogiosos para las distintas ciudades o regiones por las que transcurrió su viaje, así como tampoco para sus habitantes. También comete errores sobre nombres y lugares geográficos, pero en su conjunto es un notable documento para conocer aspectos y costumbres de las distintas zonas y de las gentes que poblaban la Península Ibérica a mediados del siglo XIX.

Uno de los grabados más curiosos es el de una diligencia de la época, tirada por 10 mulas, subiendo por una pronunciada cuesta, el collado de Balaguer, situado en la provincia de Tarragona. Al observar el grabado en color, con el carruaje a punto de volcar, no puedo por menos de imaginar el pavor que debían soportar los sufridos viajeros que se atrevían a viajar por los caminos de tierra y piedras de aquella época.

El médico y viajero francés entra en España por la frontera de Irún, dando cuenta del cambio en la composición y aparejo del medio de transporte:

"Nuestro carruaje intercambia sus cinco caballos por siete mulas, su *conductor* por un *mayoral*, su *postillón* habitual por un *zagal*, y como añadido se incorpora delante un pequeño *mensajero*, de sobrenombre *el condenado a muerte*, ya que habitualmente va de Irún a Madrid sin parar, embridado, desenganchada su cabalgadura a la que monta

a horcajadas y a la que dirige al trote, a menudo a galope, en cabeza del enganche. En otros tiempos el servicio se hubiese considerado incompleto sin el *escopetero*, enemigo oficial de los bandoleros cuando no era él incluso salteador, y que ocupaba provisto de una carabina, el pescante trasero de la diligencia; pero gracias a la *guardia civil*, los nuevos gendarmes españoles, la ausencia de malhechores ha hecho del escopetero un objeto de lujo y fantasía."

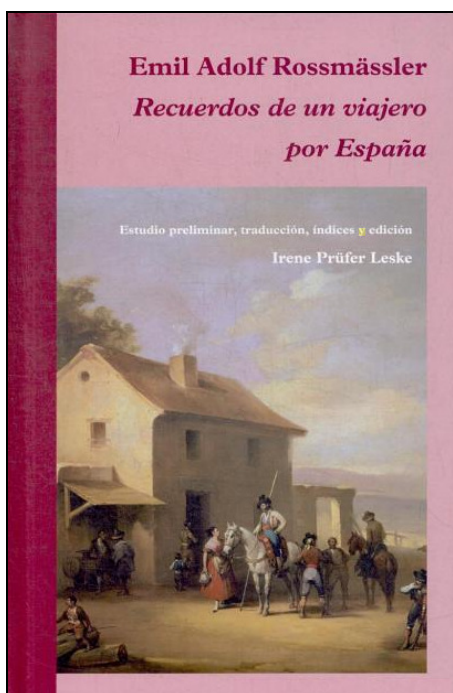
"¡Arre! grita el *mayoral*; ¡arre!, repite el *zagal*, acompañando los golpes de látigo o de vara con un puñado de extrañas palabras dirigidas a las mulas, las cuales tienen un apodo que las distingue: *Capitana, Bella, Generala, Negra*; las mulas poseen cualidades y defectos que resaltan continuamente, y que acompañan con el *idia, día!, ihu, hu!* y de juramentos de los que *caramba* es la expresión más suave. Las mulas, dice *M. Challamel*, distinguen la jerga. A la primera palabra del postillón, hay que verlas levantar las orejas, enderezarse, ralentizar o apresurar el paso. Si alguna de ellas se muestra poco dócil o va demasiado deprisa, nuestro postillón, ágil como un vasco, salta de su asiento situado a la misma altura que el del *coupé* de las diligencias francesas, y rápidamente las corrige, lo que a veces dura varios minutos. En algunos momentos, el parloteo con las mulas es general. El *delantero*, el *mayoral*, el *zagal*, vociferan a un tiempo; formando un trío de bajos y contraltos que vienen a unirse a la cadencia de los cascabeles que penden del cuello de las mulas y al chirriante sonido de un eje mal engrasado."

Monsieur Bégin pasa por San Sebastián destacando su limpieza y la uniformidad de sus edificios, y se dirige a Tolosa, que en aquéllos años era la capital de Guipúzcoa, elogiando de camino, la belleza del valle del río Urola y el balneario de Cestona.



Diligencia de Alcoy-Alicante, 17-02-1895.

Recuerdos de un viajero por España // Emil Adolf Rossmässler // CSIC y Ediciones Polifemo, Madrid, 2010, 483 págs.



Págs. 146-147: Mayoral, postillón y zagal.

Sin embargo, su aspecto era casi igual. Las diligencias y, si no me equivoco también los correos, sólo eran empresas privadas, pero tan puntuales y ordenadas como nuestros correos públicos. Mientras que nuestros coches de correo público tienen *revisor* y *postillón* las *diligencias* españolas tienen *mayoral* y *zagal*. El primero es, a la vez, revisor y postillón, el último es ayudante. Mas tarde vamos a conocer a otro conductor de caballos, el *delantero*, que no tenía ese correo entre Alicante y Murcia.

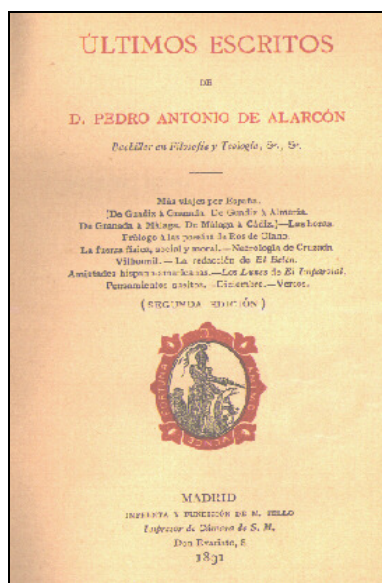
Siempre que el camino lo permita se viaja con extrema rapidez. Teníamos cuatro mulos vigorosos, de los que me decía más tarde el *mayoral*, que tienen el pulmón más fuerte que los caballos y aguantan más. El *zagal*, estaba sentado a la izquierda del pescante de tres o cuatro plazas -entre él y el *mayoral* hay lugar para dos o tres viajeros- siempre camina la mitad del recorrido, ya que a cada rato baja durante el viaje a toda velocidad para darles a los animales delanteros con su látigo corto una advertencia impresionante. Éstos de pronto cocean alegremente hacia atrás de donde está él. Un *zagal* debe ser un buen corredor, ya que el salto hacia abajo es una señal inequívoca para que los animales comiencen a correr fuerte y el *zagal* sólo a partir de varios cientos de pasos alcance a la primera pareja. De esta manera, el *zagal* realiza al menos la mitad del camino a pie. Así fuimos pasando por ramas y piedras en el alba, bastante tiempo, cerca de la costa. A pesar del eterno estímulo que se daba a los mulos, no se compadecían tanto por los animales que presentaban siempre buen aspecto como en los correros alemanes, donde se lee en algunas estaciones acerca de los cuerpos flacos de los animales que el Sr. *mayoral* hace sudar lágrimas a los caballos para ganarse la poca alimentación del dinero pagado por el Estado.

Los que están sentados en la berlina o al lado del *mayoral* en la silla no se aburren. Porque el *mayoral* y el *zagal* conversan casi sin interrupción con tono jocoso con los caballos, mulos o mulas, según el género. Cada uno tiene su nombre, pero para sorpresa, entre estos nombres nunca he encontrado el del caballo del famoso Don Quijote, *Rocinante*. Como si los animales tuvieran que entenderlo, el *mayoral* hace un llamamiento al honor, y a veces les amenaza con pegarles sin aliento. "¡Arre!" o "¡Arre mula!", expresado en voz retenida, es la forma constante de hablar, igual que el "¡Hi!" de nuestra gente que conduce los correos. El aire temblaba por el "¡Carajo!" y la "¡puñeta!" o "¡puñetero!", de modo que sólo damas españolas, que están acostumbradas a ello. No se ponen coloradas. En general, el conductor español mantiene mejor a sus animales que el alemán y no recuerdo haber visto allí esas figuras que dan lástima, como en Alemania.

ÚLTIMOS ESCRITOS

Pedro Antonio de Alarcón

1853



III. - De Granada a Málaga.

Éste fue mi primer viaje en diligencia... Mas no creáis que en una de esas diligencias de mala muerte, que ahora se usan, llamadas también góndolas, que sólo recorren caminitos provinciales o vecinales, sino en una de aquellas ambulantes casas de tócame roque, comparables a los antiguos navíos de tres puentes, que fueron arrumbadas por la aparición del ferrocarril, como los tales navíos por las fragatas de vapor, y que recorrían suntuosas carreteras de primer orden, venían de un tirón desde Cádiz hasta Madrid, iban de otro tirón desde Madrid hasta Bayona, y eran por ende asombro y maravilla de todos los pueblos del tránsito.

En Enero de 1853, cuando yo fuí en diligencia desde Granada a Málaga, no había en España más camino de hierro que un trozo en Cataluña y el de Aranjuez a Madrid. La diligencia, pues, seguía siendo respetabilísimo vehículo, particularmente aquéllas, como la de que se trata, compuestas de dos berlinas, interior, rotonda y cupé, en que cabían veintidós viajeros, amén del mayoral, arrellenado en el pescante, y de los dos pasajeros supernumerarios que solían compartir con él aquella especie de trono, y del zagal, que de vez en cuando se sentaba en algún estribo, y de la pareja de guardias civiles que se colgaba de tal o cual correa, y de los tres o cuatro valientes que, en último apuro, se acomodaban dentro de la vaca, entre los baúles y maletas, y del postillón o delantero, de quien hablaré con ocasión de viaje más solemne...: total, 28 ó 29 tripulantes.

Doce, catorce y hasta diez y seis caballos o mulas tiraban de aquel arca de Noé montada sobre ruedas, y a fe que yo no podré olvidar nunca y que hoy recuerdo con un placer indefinible tantas y tantas noches fantásticas como pasé en mi juventud dentro de tales coches-monstruos, oyendo entre sueños, sobre todo cuando ya era el segundo o tercer día (!) de empaquetamiento y tortura, el trote acompasado de las diez y seis uniformadas bestias; al mayoral, que les hablaba en su común idioma; al zagal, que rugía, moliéndolas a palos, y al postillón, que cantaba entre dientes la rondeña, todos ellos medio dormidos también, como si el propio viaje fuera asimismo un sueño o pesadilla de que todo el mundo despertaba un poco cada vez que se mudaba tiro...

Pero concretémonos al viaje de Granada a Málaga, que apenas fue un ensayo o muestra de semejantes emociones, dado que en él sólo se pasaba una noche en claro, y contentaos con las únicas particularidades que recuerdo de aquella peregrinación, a saber: que relevamos tiro en pueblos tan interesantes como Santa fe y Loja, sin ver de ellos más, en tal noche, que el sucio velón y los belicosos empleados del Parador de diligencias, que, a las ocho o las nueve de la mañana, después de afanarse mucho el ganado para subirnos a lo alto de una sierra, almorzamos en El Colmenar, villa muy populosa y alegre, y que, al poco rato, descubrí desde aquellas alturas, allá muy lejos, lo menos a cuatro leguas de distancia, una especie de subcielo, más azul que el cielo mismo y que el cerco de montañas del horizonte...

¡Era el mar! ¡El mar, que por la primera vez aparecía ante mis ojos! ¡El mar, la patria de todos y de nadie; el más allá de España y de Europa; el elemento intermedio entre los Continentes o pedazos habitables del globo terráqueo y los reinos de la muerte o de la inmortalidad; la parte del Planeta extraña a nuestra vida, y en cuyas soledades no somos, ni seremos jamás otra cosa, que unos temerarios, importunos y asustados huéspedes!

Debería callarme todo lo demás que pensé al descubrir el mundo marino... pero voy a decirlo, aun a riesgo de que lo calificuéis de extravagancia. Pareciome que había salido de una cárcel; que acababa de obtener un ascenso en mi carrera de hombre; que había llegado a no sé qué especie de mayor edad; que era más grande, más libre, más dueño de mis acciones, menos mortal, menos esclavo de los poderes de la tierra... Y presentí de golpe y confusamente los inefables larguísimos coloquios que había de entablar tantas y tantas veces con las olas, alborotadas o serenas, durante mi azaroso tránsito

por la vida... Presentí los días de meditación y éxtasis que había de pasar, en solitarias peñas del Cantábrico, en encantadas playas del mar andaluz o del Tirreno, o bien enfrente del Adriático, desde las arenas del veneciano lido, preguntando al mundo de las aguas por una felicidad mayor que las engañosas y precarias de la fugaz existencia terrestre... ¡Y bien sabe Dios que la susodicha mañana estuve a punto de llorar en aquel cupé o sotabanco de la diligencia de tres pisos, donde, tan lejos ya de la casa paterna, iba yo acercándome a Málaga, en busca del vellocino de oro de la gloria!...

Porque he de advertiros que esta expedición era la segunda jornada de mi primer viaje al paraninfo de las Letras; era un rodeo para trasladarme a Madrid; era mi verdadera salida de D. Quijote; era, en fin, consecuencia de haber abandonado pocos días antes mi hogar, contra los consejos de mis benditos padres, a los diez y nueve años y algunos meses de edad, llevando en el baúl una reputación manuscrita (según dijo cierta pupilera madrileña, con relación a otro personaje por mi estilo) y poseedor de tan poco dinero o cosa semejante, que, habiéndome tocado la quinta algunas semanas después, tuve que volverme más que a prisa de Madrid a Guadix, en busca del perdón y del bolsillo del autor de mis días, antes de que el Gobierno de S. M. me declarara prófugo. Iba yo, pues, a Málaga la mañana que digo, a embarcarme para Cádiz, donde poseía parte de un periódico literario que érame preciso organizar de modo que me sostuviese en la Corte, y he aquí la razón de que me pusiera tan melancólico la remota aparición del mar, símbolo para mí de lo desconocido, en aquel solemne cuanto arriesgado viaje al reino de la Fama y de la Fortuna.

Una hora después desaparecieron todas mis preocupaciones y tristezas... Habíamos llegado cerca de una agria pendiente, denominada la Cuesta de la Reina, ya muy vecina a Málaga, desde donde se descubre de pronto y a vista de pájaro toda la ciudad, toda su campiña, todo su puerto poblado de mástiles, todo su mar, dentro y fuera del espigón del Muelle, que remata en la nombradísima Farola, y luego una gran extensión del Mediterráneo y hasta vagos asomos de la costa africana... Parecía que el mar estaba verticalmente debajo de nosotros: itan empinada es la cuesta que nos separaba de sus orillas! Reverberaba el sol en aquella inmensa lámina de agua, como en disforme espejo... La orla de blanquísima espuma que, en playas y peñas, marcaba los límites de la tierra y de las olas, semejava la fimbria de armiño de aquel dilatado manto azul con reflejos de plata. La ciudad, blanca, pintoresca, graciosa, parecía un lujoso broche del manto verde de los campos... Y todo ello, receñido por vistosas montañas a la parte del Norte y cobijado por un cielo purísimo y espléndido, componía un magnífico panorama que me llenó de júbilo y entusiasmo.

.....
Muchas veces he estado después en Málaga, y aun he residido en ella meses enteros, según consta del Diario de un Testigo de la Guerra de África, del cuadro de costumbres Lo que se ve por un antejo [2](#) y de otras varias obras mías... Pero nunca sentí ni comprendí tan hondamente su naturaleza y carácter, especialísimos en Andalucía, sobre todo en contraposición a Granada, como en ésta mi primera y rápida visita. Porque lo que más llamó mi atención desde luego, aunque estaba prevenido por la fama, fue el sello fabril y comercial de la población, material y moralmente

considerada... ¡Resultaba tan nuevo y tan asombroso todo aquello para un granadino que nunca había salido de su provincia!

Pero esta observación merece mayor comentario, y lo voy a hacer por medio de un paralelo. En la decaída y relativamente pobre tierra de Granada, el ideal de todos los espíritus se cifraba todavía en la Historia, en lo pasado, en la nobleza de los pergaminos, en la majestad de tal o cual monumento... Para su afortunada rival Málaga, el ideal estaba en lo presente, en lo moderno, en el trabajo, en el capital, en el crédito, en el valor industrial o comercial de la firma... Los granadinos hablábamos a todas horas de Boabdil, de los Reyes Católicos, del Gran Capitán, de Tendilla... Los malagueños se extasiaban hablando de los Heredias y de los Larios, como luego habían de extasiarse también hablando de los Loring... En Granada todo era devociones, fantasías, sentimentalismo, leyendas, sesiones literarias, conmemoraciones históricas... En Málaga, el orgullo local consistía en haber exportado aquel año 250.000 quintales de pasas, 200.000 quintales de vino, 300.000 arrobas de higos secos, millón y medio de limones y otro millón de arrobas de hierro en barras, etc., etc., etc.

Esta manera de ser de los malagueños se revelaba, y sigue revelándose, en el aspecto de la ciudad, lujosa y de edificaciones modernas, abundantísima en esos obeliscos de ahora llamados chimeneas de fábricas, en ricas tiendas y vastos almacenes, y pobre, muy pobre, de monumentos artísticos. Además, todo lo dicho en el capítulo precedente acerca de la vida social de las clases acomodadas de Almería tiene aplicación a Málaga, aunque en escala muy superior. También aquí predomina el estilo inglés en gustos y costumbres, con tanta más razón, cuanto que son muchos los verdaderos ingleses, o hijos de tales, que se hallan establecidos en la ciudad. Estos hijos, britanos por su padre y malagueños por su madre y por su crianza, constituyen un tipo sui generis de formidables recursos para los negocios, en el cual, al frío juicio del inglés, se unen la gracia y travesura de Andalucía y aquella táctica especialísima para hablar y discutir que distingue a las gentes de Málaga, por cuya virtud o por cuyo vicio los hechos se escurren entre las manos como anguilas, la lógica es perpetua esclava de la elocuencia, y la verdad tiene algo del azogue...

Aprovecharemos, pues, la ocasión para asentar como axioma que lo más notable de Málaga son los malagueños. Ni en Sevilla, ni en Cádiz, ni en Córdoba, donde la gracia fluye a borbotones de todos los labios, causan tanto asombro los donaires de la conversación, particularmente en la clase baja. ¡Qué imágenes tan pintorescas! ¡Qué prontitud y qué ingenio en el discurso! ¡Qué chiste en el calificativo! ¡Qué expresión en el gesto y en el ademán! ¡Qué maestría para hacer lo blanco negro! ¡Qué arte para pasar de lo patético a lo jocoso, y viceversa, según las necesidades del caso! ¡Qué salidas! ¡Qué quiebros! ¡Qué escamoteos del tema y de la moral del debate! En cuanto a las malagueñas, ya lo sean genuinamente, ya estén ingertas en inglés o en alemán, nada se me ocurre que exponer, sino bendecirlas con toda mi alma, reconociendo y declarando que adunan tantos arbitrios de imaginación y estilo como los malagueños y algunas cualidades íntimas y sólidas que a ellos les faltan; es decir, que tienen juntamente garbo y juicio, sal y ternura, gitanería y conciencia, lo cual las hace

envidiables y temibles a un propio tiempo, como todo aquello que es superior al hombre...

Largas horas podría seguir hablando de Málaga, donde he residido después, como literato y político aventurero (en 1854), como militar (en 1859), y como pacífico bañista, con mujer e hijos (en 1870); os describiría su clásico Paseo de la Alameda, poblado de elegantes damas a pie, a caballo o en coche, y os diría sus nombres y apellidos, sus nobles prendas y otras particularidades, por haber tenido el honor de tratarlas en saraos, teatros y tertulias; atravesaríamos el Guadalmedina, para visitar el célebre y ruidoso barrio del Perchel, asiento de la tunantería más fina y más graciosa del universo-mundo, incluso la de aquellos diablos que siempre están cantando y riendo en los muelles de Nápoles, y recordaríamos, al subir al Castillo de Gibralfaro (donde estuve encerrado un mes por mi voluntad o por dar compañía a un queridísimo preso militar y político), otra especie de barrio que había antes de la Coracha, y que, según me cuentan, ya no existe, cuyo nombre era El Mundo Nuevo. Allí contemplé muchas veces, en 1854, cuadros más inmorales, hediondos y terribles de los que suelen ofrecer a la espantada vista aquellos húngaros y gitanos nómadas que acampan a las afueras de nuestros pueblos, por negárseles en ellos hospitalidad, de miedo a toda clase de infecciones... ¡La Corte de los milagros, de Víctor Hugo, se quedaba en mantillas, comparada con aquellas gentes que se encenagaban, cual si fuesen cerdos con alma, en la mugre, en el vicio y en el crimen, a pocos pasos de las más pulcras y lujosas calles y plazas de la capital!... ¡Comprendo que haya desaparecido El Mundo Nuevo!

También os describiría, si dispusiera de más páginas, el bien acondicionado Círculo Mercantil, que tiene mucho de club o casino inglés, y donde siempre he sido galantemente tratado; la Plaza de Riego, con el monumento del infortunado General Torrijos y compañeros mártires; la hermosa Plaza de la Constitución; la Aduana, edificio que honra a Carlos III, como todos los de su reinado; la Catedral, el Teatro, la Plaza de Toros, y muy especialmente las Atarazanas, la Alcazaba y el citado Castillo de Gibralfaro, nobilísimos padrones históricos de la augusta Málaga de otras edades... Pero tan prolija tarea no cabe en este bosquejo de superficiales recuerdos míos, y se halla desempeñada además en varias obras, comenzando por las antiguas Conversaciones históricas malagueñas del presbítero D. Cecilio García de la Leña (1792), y acabando por las modernas Guías.

Concluyamos, pues, diciendo a coro con la musa popular de la patria de los mejores boquerones del mundo:

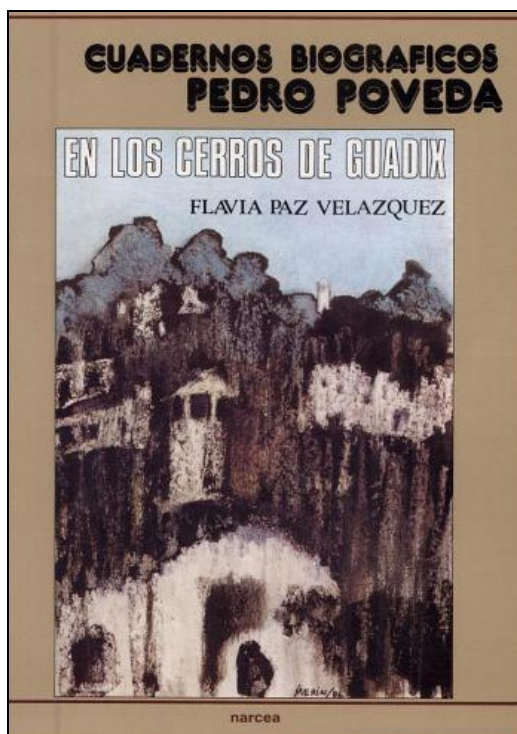
Adiós, Málaga la bella...

bien que no estemos nosotros en el caso de completar tan sentida copla, que prosigue del modo siguiente:

Tierra donde yo nací!
¡Para todos fuiste madre,
Y madrastra para mí!

Y, cantada esta copla, refiramos el viaje marítimo que emprendí al otro día desde Málaga a Cádiz.

**Cuadernos biográficos Pedro Poveda. En los cerros de Guadix //
Flavia Paz Velázquez // Ediciones Narcea, 1986, 288 págs.**



A finales de septiembre de 1894 Doña Linarejos prepara una vez más la arquilla con las mudas de ropa, "los útiles de aseo y demás que se acostumbra... un crucifijo, una imagen de la Virgen y pilita para la cabecera de la cama, oficio parvo o diurno y devocionario...". Mete también, y eso no está en el reglamento del Seminario, algunos sustanciosos comestibles que han de abastecer a su hijo, si bien durarán menos de lo que ella desearía.

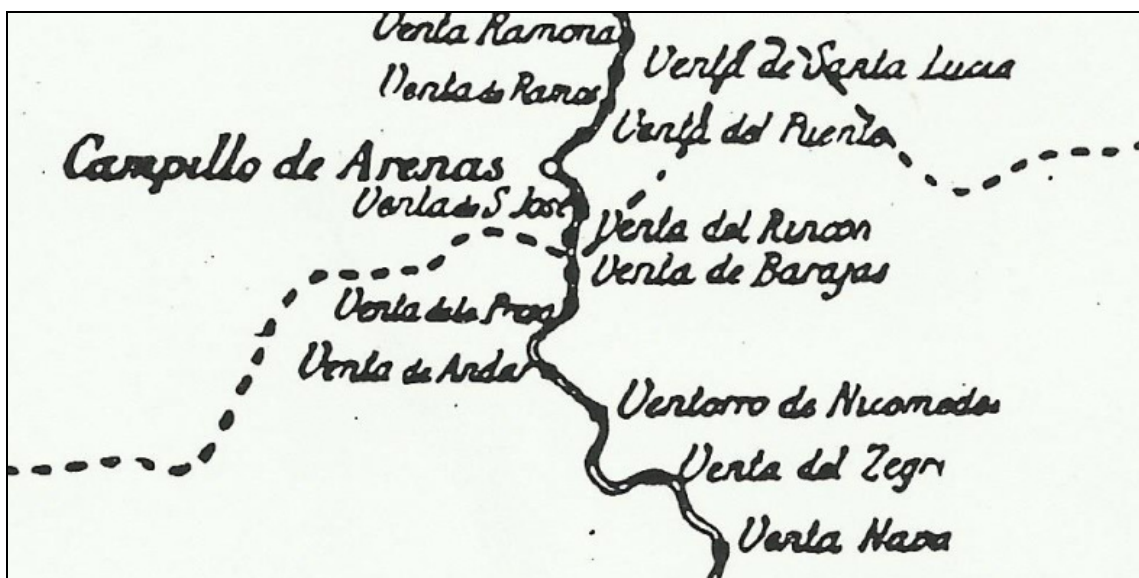
El día 28 salen de Linares Don José Poveda Montes y su hijo Pedro en dirección Guadix. El viaje, a partir de Jaén, tiene que hacerlo en carruaje. Toman en la Plaza del Mercado la diligencia que hace el camino de Jaén a Granada. Arranca muy al alba, casi de noche. Sentados en la berlina, detrás del pescante, van viendo amanecer entre las sombras rosas y malvas de la sierra de Jaén. El río Guadalbullón avanza con ellos largo trecho estirándose en las verdes cintas de las alamedas.

En Campillo de Arenas, cumplidas las seis leguas, cambia el tiro. Los ocho caballos de repuesto, bajo el chasquido del látigo y los exabruptos del mayoral, suben al trote las cuestas de los puertos del Carretero, de Onítar y del Zegrí. El zagal, corriendo "a pie", golpea sin compasión a los animales durante el ascenso. El postillón, montado en el primer caballo de la derecha, guía las curvas y frena duramente el tranco de los caballos en la bajada de los puertos. El sonido estridente de la cuerna anuncia el paso arrollador del atelaje.

Al llegar a la venta de Barajas dejan la diligencia de Jaén y toman los coches de "El Rayo", que regresan de Granada hacia Guadix. Bien caída la tarde, es adentran en las

lomas peinadas por los surcos de barbechos. Detrás de un olivo solitario asoma una luna blanca, enorme, que corre a la par que el coche. El galope de los ocho caballos acorta las tierras ocres del campo guadijeño.

NOTA: La venta de Barajas está situada en el camino Jaén-Granada tras atravesar Campillo de Arenas, subir el Puerto Carretero y pasar el cruce del Noalejo, antes de llegar a Campotéjar. Después de pasar los puertos de Onítar y el Zegrí está la venta de La Nava, junto al cruce de Iznalloz, por tanto, en esta venta sería donde se produce el cambio de diligencia para ir a Guadix.



Muy cerca pasando por Purullena, la diligencia se encañona en medio de los cerros rojizos y tienen que avanzar en calmosa reata. Delante van las recuas de asnos cansinos que vienen del monte con enormes y livianas cargas de ramaje de olivo. Tras ellos, los carruajes y las góndolas de corsarios granadinos. Por último, la diligencia, con los viajeros rebulléndose ya por la proximidad de las torres ciudadanas. Los ocho caballos paran ante la Puerta de San Torcuato.

Es de noche. La ciudad está a oscuras porque "el contratista del alumbrado público no tiene obligación de encender en las noches en que el almanaque da luna. Pedro Poveda y su padre penetran por el arco de piedra de San Torcuato, bajo el águila bicéfala y el escudo de Carlos V. Un Guadix alarconiano, en sombras nocturnas, les emboza el paso hasta la próxima "Posada de los Naranjos", en la calle de San Torcuato.

El amanecer del siguiente día saluda a Pedro Poveda y a su padre con el habitual concierto de campanas de la torre de Guadix. Comienzan "las campanas rudas de Santa Ana, siguen las juveniles de Santiago, las todopoderosas de la Catedral; pendencieras, las de San Miguel; místicas y dogmáticas las de la Concepción. La ciudad es un complejo ensamblaje de toques de campanas" que ordenan los cuatro estamentos religiosos: el cabildo catedralicio, el clero parroquial, el Seminario y los conventos. Tras los toques de campana, apresuran su aparición en las calles los clérigos -teja y capa negra- diligentes a santiguar la misa matutina.

Pedro Poveda y Don José se personan el mismo día 30 de septiembre de 1894 en el Seminario. Allí los recibe Don Andrés Vílchez, el nuevo rector que viene con el obispo Rincón y ha sido nombrado también provisor del obispado. Don Andrés Vílchez les comunica que la apertura del curso en el Seminario se ha suspendido hasta que el obispo haga su entrada en la ciudad, ya que tiene propósito de mejorar la enseñanza. Convienen, a pesar de la demora, en que Pedro se incorpore al Seminario, adonde ya están llegando también algunos de sus compañeros.

VIAJE DE ALFREDO CAZABÁN EN LA DILIGENCIA DE UBEDA A JAÉN

Así pues, viendo el panorama, de momento, poco alentador, que se le ofrece en Úbeda, también acaso, porque persistieron las circunstancias de vida difícil en que, al marchar, dejó su amada ciudad natal. Alfredo anima a su madre a partir para Jaén. Recuerda ella que tiene en la capital una antigua amiga, bondadosa y buena, que, de seguro, les ayudará cuando relate sus vicisitudes y desgracias; y, madre e hijo, sin pensarlo más, y, ordenando para el viaje lo poco que tienen, emprenden, en la *diligencia* que va a Jaén todos los días, su bien meditado plan.

Salen madre e hijo de Úbeda en las primeras horas de la mañana para llegar a Jaén en las últimas horas de la tarde: es el día 20 de octubre de 1888. Tercera jornada de la feria de San Lucas. Tiempo apacible y grato, precursor de buenos auspicios. Cuando la *diligencia* de don Juan Lagal llega a Jaén, -con su *postillón* avisando, con gran trompeta, desde la Puerta Barrera hasta la Plaza del Mercado, su llegada de tierras de la Loma-, el bullicio de tratantes y menestrales, gitanos y labradores, que hacia las eras del Ejido de Belén se dirigen, es enorme. Aquellas gentes van a visitar el ferial de ganado. Llega la diligencia a la "oficina" de los coches; todo es para los viajeros, un agitar de pañuelos rameados, y se prodigan los gritos de alegría y los besos y abrazos a medida que se van apeando los pasajeros, mientras van serenándose, y apaciguando sus relinchos, los briosos y sudorosos caballos. Por su parte, la voz de Paco, el *mayoral*, ha dado sus últimas órdenes de descarga y los *zagales*, cuidadores de las monturas, aflojan los arreos a las bestias para que descansen...

Tras el jaleo ensordecedor de la llegada, va haciéndose la calma alrededor de la *diligencia*. Límpianse los viajeros el sudor de sus frentes y el polvo de sus trajes... Queda silenciado, con el descanso, el repiqueteo de los collares (*debe decir colleras*) de los caballos, cuajados de cascabeles, y el restallar de los látigos. Ahora son todo saludos entre los que esperan y los que acaban de llegar. Sólo a una mujer y a un joven, nadie les espera. Han llegado a la ciudad porque añoran una supervivencia digna y honrada ¡Y la mano amiga que los favorezca y les anime a luchar!

FUENTE: págs. 47-48, Alfredo Cazabán Laguna // Tomás Moreno Bravo // Instituto de Estudios Giennenses, 1976, 281 págs.

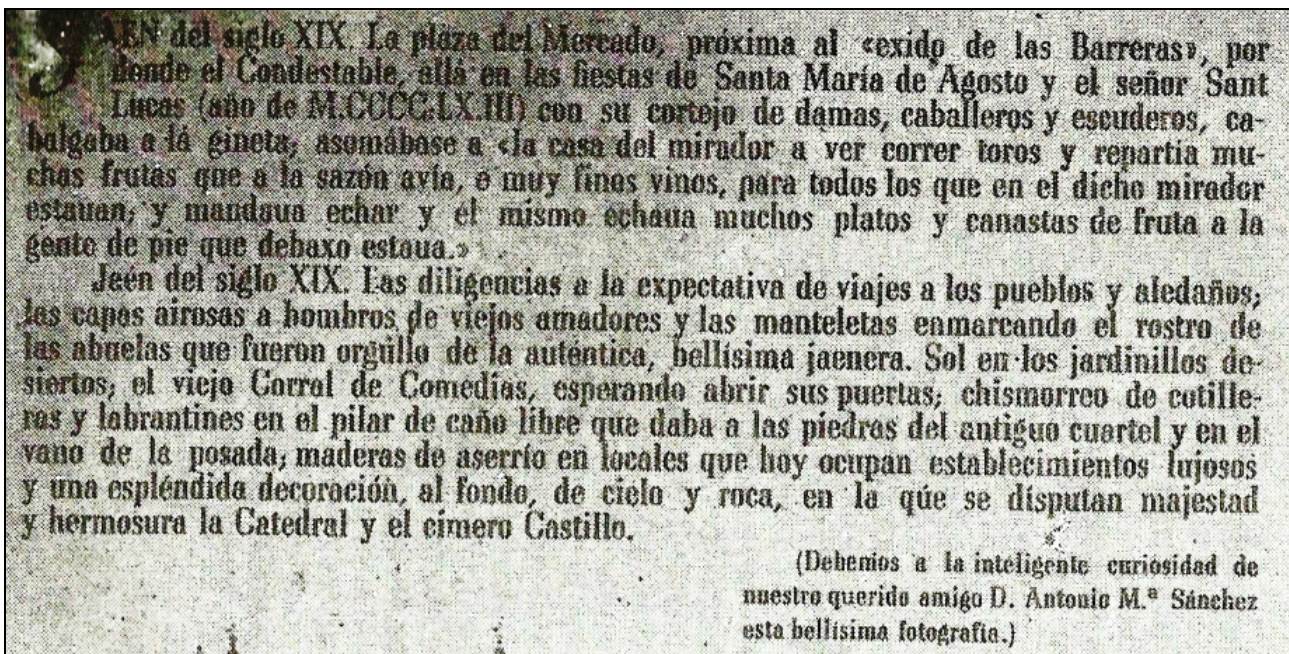


Jaén del siglo XIX. La plaza del Mercado, próxima al «exido de las Barreras», por donde el Condestable, allá en las fiestas de Santa María de Agosto y el señor Sant Lucas (año de M.CCCC.LX.III) con su cortejo de damas, caballeros y escuderos, cabalgaba a la gineta, asomábase a «la casa del mirador a ver correr toros y repartía muchas frutas que a la sazón avía, e muy finos vinos, para todos los que en el dicho mirador estauan, y mandava echar y el mismo echava muchos platos y canastas de fruta a la gente de pie que debaxo estaua.»

Jaén del siglo XIX. Las diligencias a la expectativa de viajes a los pueblos y aldeaños, las capas airosas a hombros de viejos amadores y las manteletas enmarcando el rostro de las abuelas que fueron orgullo de la auténtica, bellísima jaenera. Sol en los jardinillos desiertos, el viejo Corral de Comedias, esperando abrir sus puertas, chismorreo de cotilleos y labrantines en el pilar de caño libre que daba a las piedras del antiguo cuartel y en el vano de la posada, maderas de aserrío en locales que hoy ocupan establecimientos lujosos y una espléndida decoración, al fondo, de cielo y roca, en la que se disputan majestad y hermosura la Catedral y el cimero Castillo.

(Debemos a la inteligente curiosidad de nuestro querido amigo D. Antonio M.º Sánchez esta bellísima fotografía.)

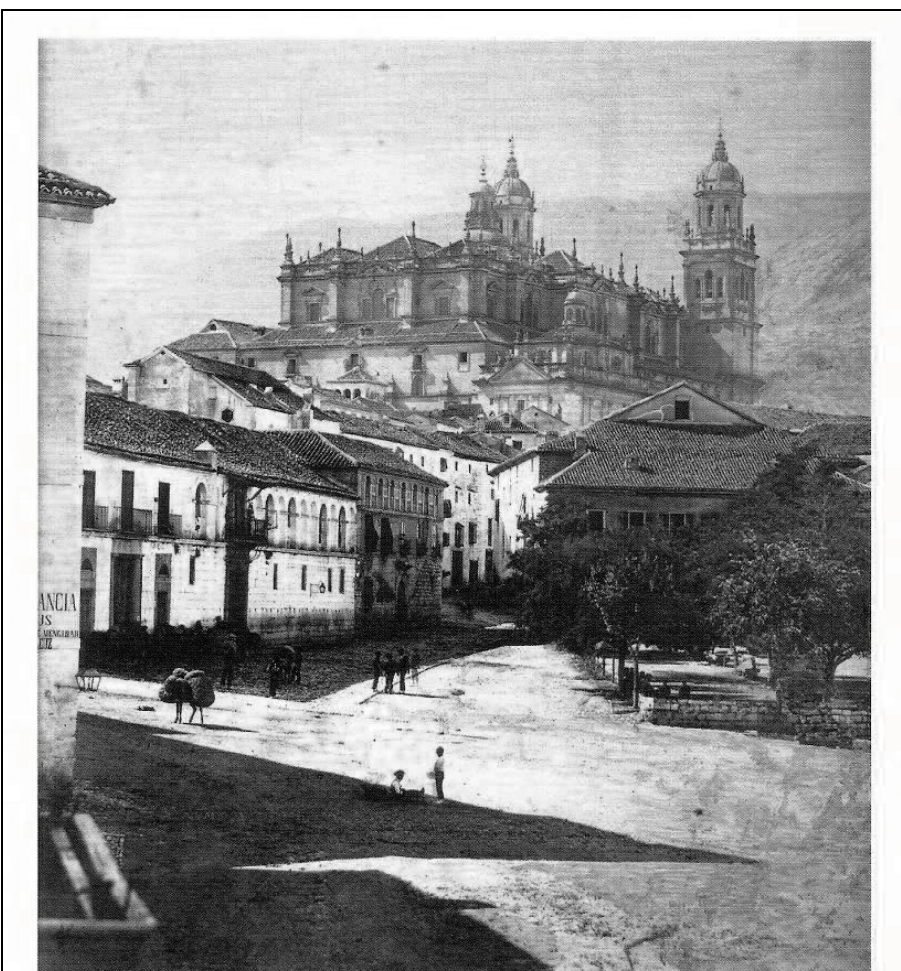
Parada de diligencias en la Plaza del Mercado de Jaén, Revista PAISAJE.



Jaén del siglo XIX. La plaza del Mercado, próxima al «exido de las Barreras», por donde el Condestable, allá en las fiestas de Santa María de Agosto y el señor Sant Lucas (año de M.CCCC.LX.III) con su cortejo de damas, caballeros y escuderos, cabalgaba a la gineta, asomábase a «la casa del mirador a ver correr toros y repartía muchas frutas que a la sazón avía, e muy finos vinos, para todos los que en el dicho mirador estauan, y mandava echar y el mismo echava muchos platos y canastas de fruta a la gente de pie que debaxo estaua.»

Jaén del siglo XIX. Las diligencias a la expectativa de viajes a los pueblos y aldeaños, las capas airosas a hombros de viejos amadores y las manteletas enmarcando el rostro de las abuelas que fueron orgullo de la auténtica, bellísima jaenera. Sol en los jardinillos desiertos, el viejo Corral de Comedias, esperando abrir sus puertas, chismorreo de cotilleos y labrantines en el pilar de caño libre que daba a las piedras del antiguo cuartel y en el vano de la posada, maderas de aserrío en locales que hoy ocupan establecimientos lujosos y una espléndida decoración, al fondo, de cielo y roca, en la que se disputan majestad y hermosura la Catedral y el cimero Castillo.

(Debemos a la inteligente curiosidad de nuestro querido amigo D. Antonio M.º Sánchez esta bellísima fotografía.)



Genaro Giménez de la Linde (1827-1885)
Jaén, Plaza del Deán Mazas. s. XIX. Fotografía 31x26 cms. Museo Provincial de Jaén



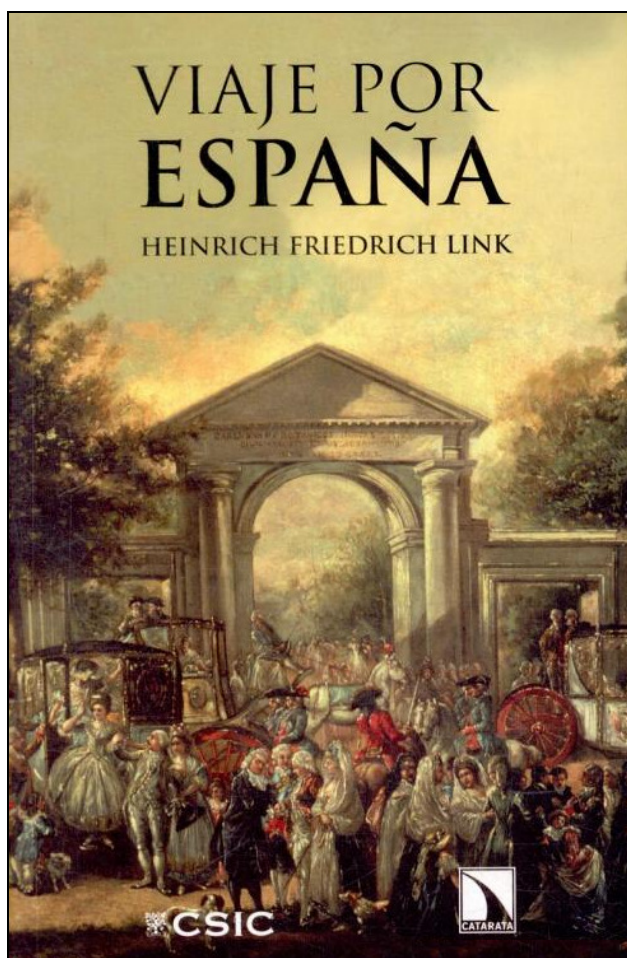
A RELAY AT JAEN.

To face page 196.

Parada de diligencia en Jaén. Gustave Doré y Charles Davillier.

LIBROS DE VIAJES POR ESPAÑA Y ANDALUCÍA

Viaje por España // *Heinrich Friedrich Link* // CSIC, Madrid, 2010, 143 págs.

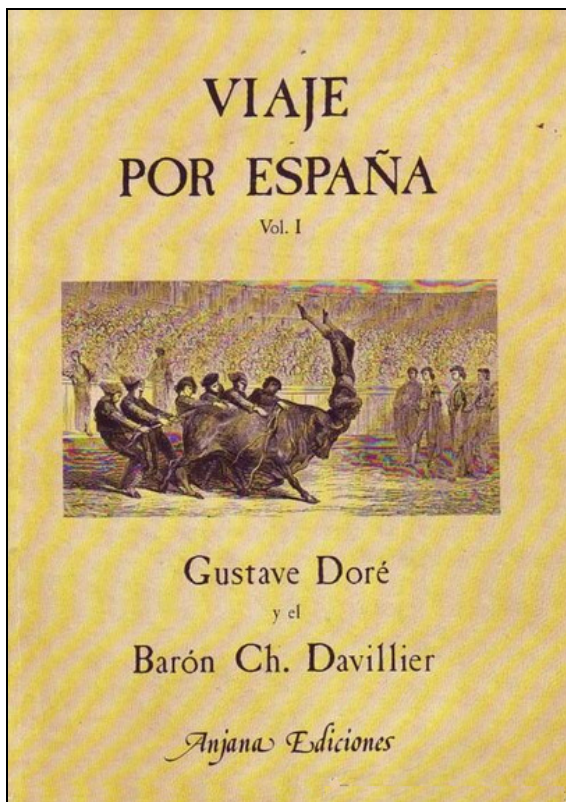


L'Espagne par le baron Ch. Davilliers, illustrée... par Gustave Doré // *Charles Davilliers* // Hachette, 1874, 799 págs.

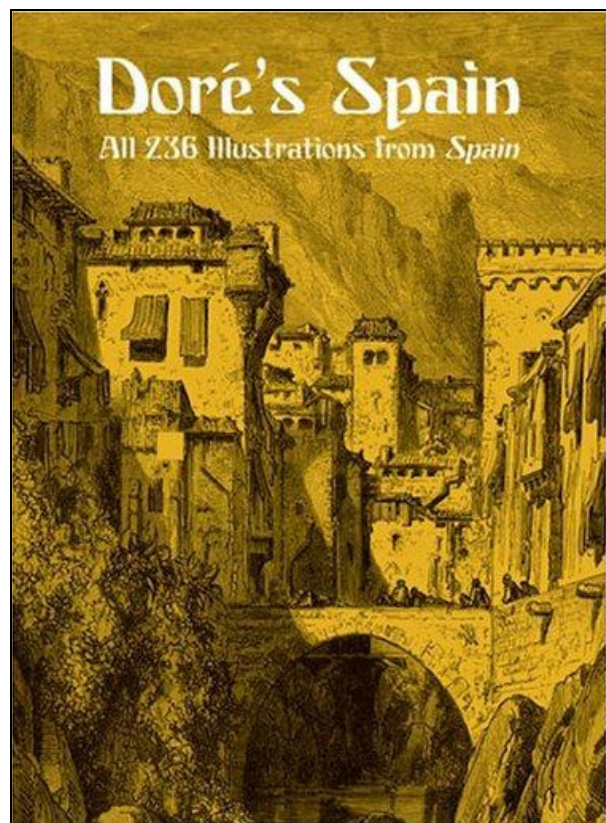
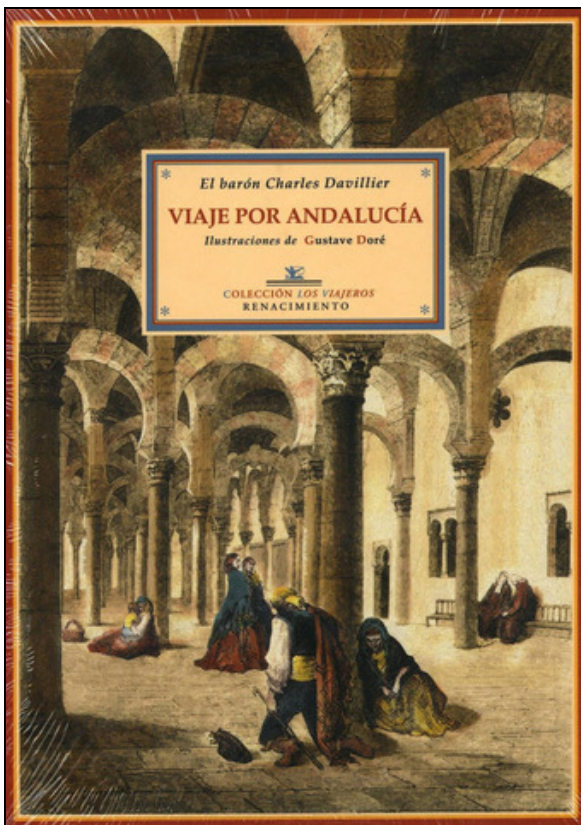
Le Voyage en Espagne de Davillier et Doré **Concepción Palacios Bernal**

El libro de viajes fue un género muy cultivado en el siglo XIX. Durante este periodo fueron muchos los escritores y viajeros que recorrieron nuestro país contando tras su regreso las experiencias vividas. Entre los muchos franceses que visitaron España, cabe citar al barón Charles Davillier, gran conocedor de la tierra hispana. En 1875 se publicó su libro *Voyage en Espagne* con ilustraciones de Gustave Doré quien lo había acompañado a España con el fin de conocer el país para ilustrar *El Quijote*. El libro había aparecido previamente por entregas entre 1862 y 1873 en una revista de viajes. El artículo muestra la imagen de España vista por estos dos viajeros.

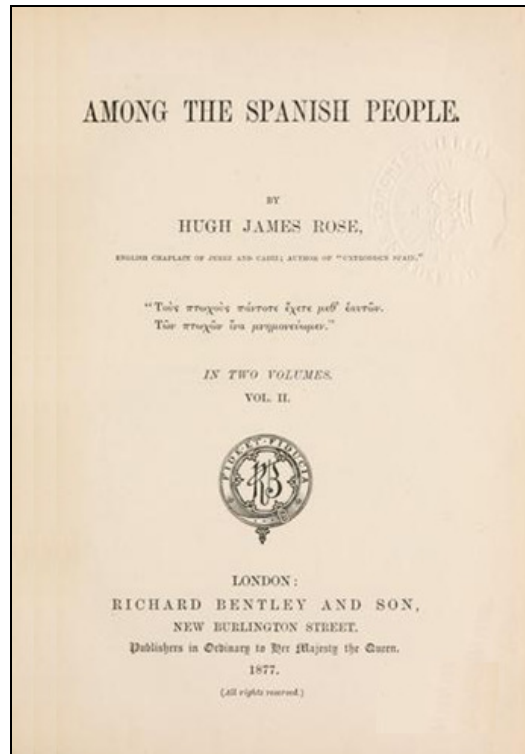
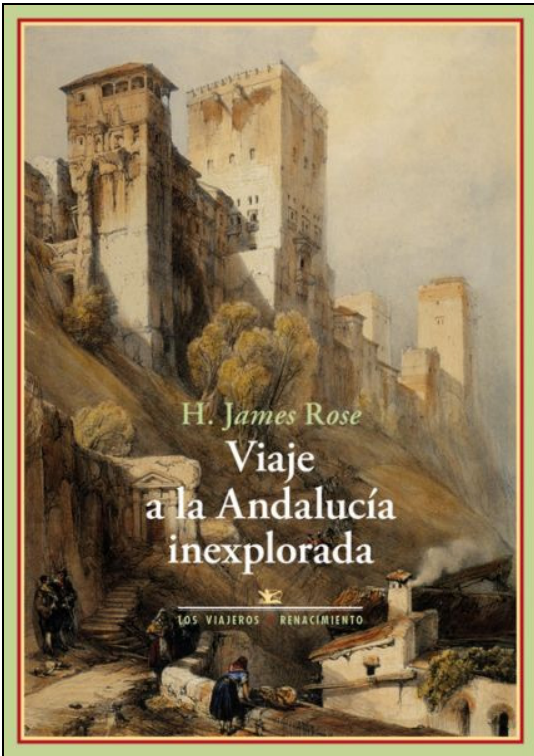
Viaje por España (2 vols.) // *Barón Ch. Davillier y Gustave Doré* // Anjana Ediciones, Madrid, 1982, 558+470 págs.



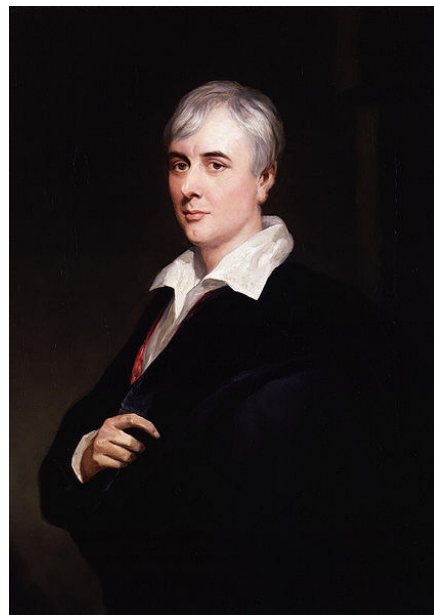
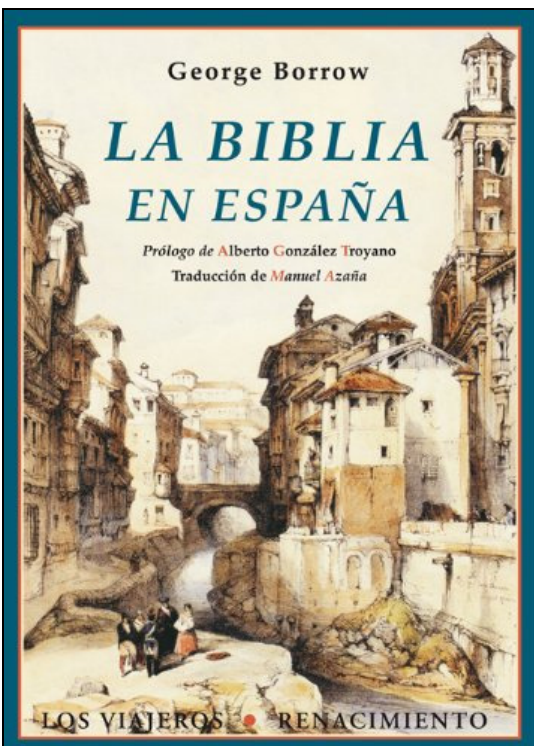
Viaje por Andalucía // *El barón Charles Davillier* (Ilustraciones de *Gustave Doré*) // Renacimiento (colección Los Viajeros), 480 págs.



Viaje a la Andalucía inexplorada // *Hugh James Rose* // Renacimiento (colección Los Viajeros), 300 págs.

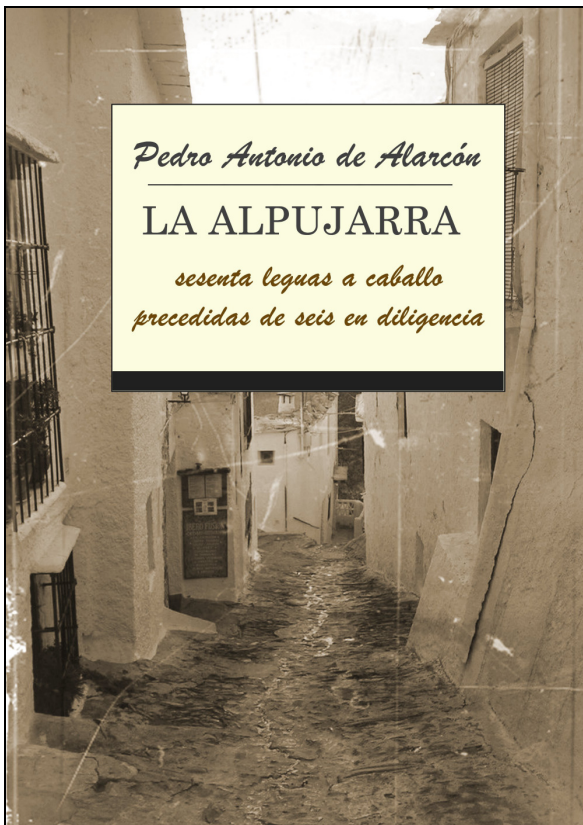
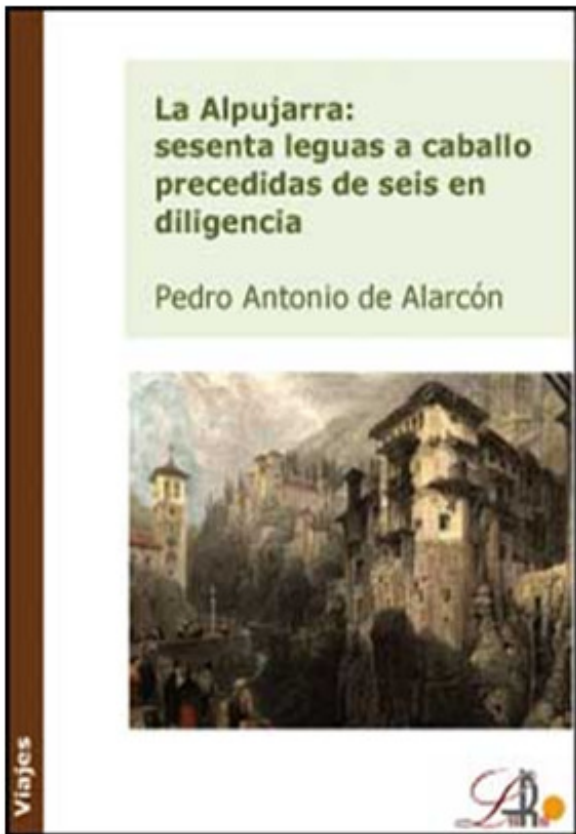


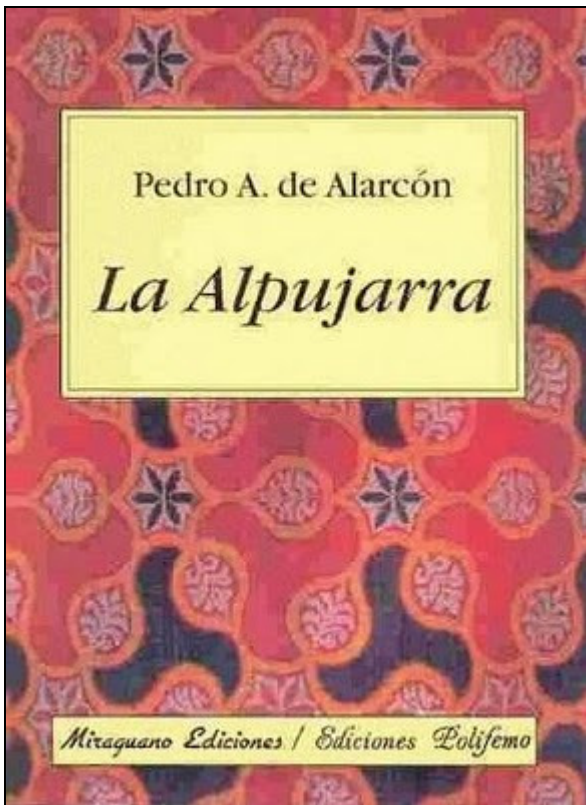
La Biblia en España // *George Borrow* // Renacimiento, Sevilla, 2011, 264 págs.



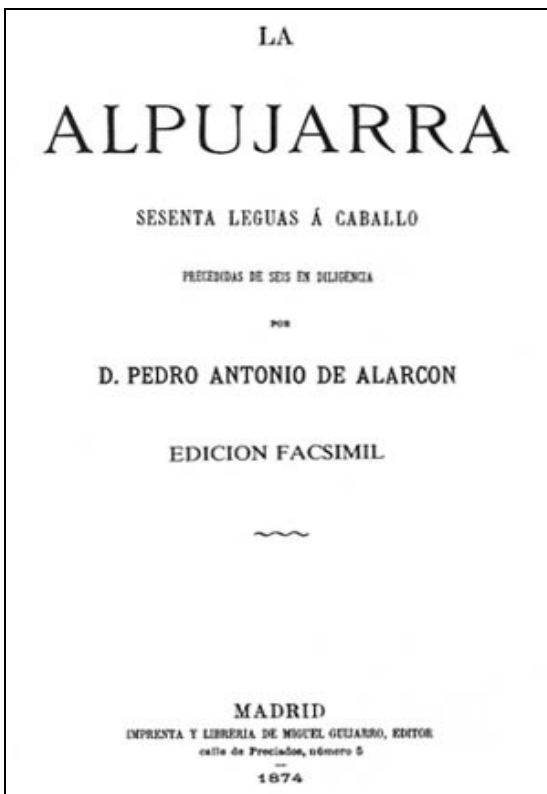
George Borrow (1803-1881) por Henry Wyndham Phillips (1843).

La Alpujarra: sesenta leguas a caballo precedidas de seis en diligencia // Pedro Antonio de Alarcón y Ariza // LUARNA Ediciones S.L., 2009, 748 págs.





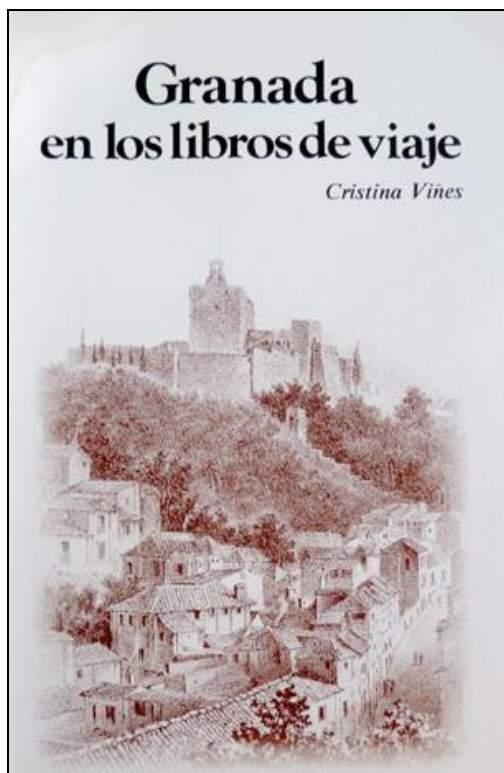
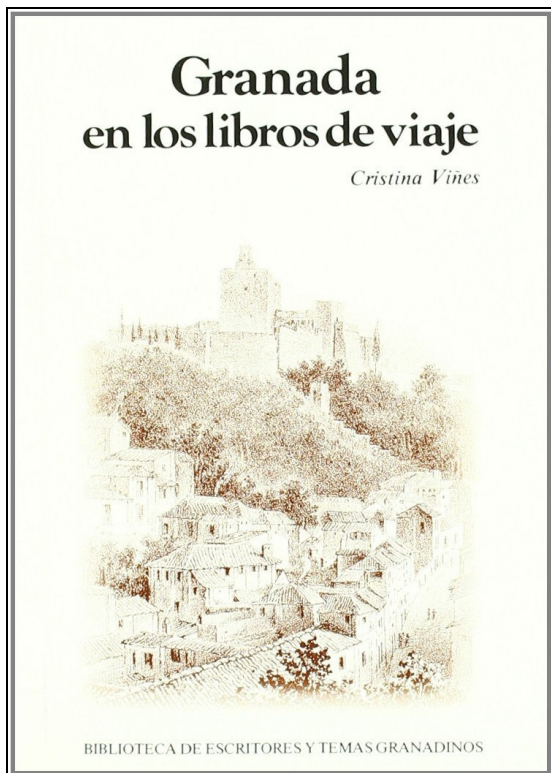
La Alpujarra: sesenta leguas a caballo precedidas de seis en diligencia // Pedro Antonio de Alarcón // Imprenta y Librería de Miguel Guijarro Editor, 1874, 563 págs.



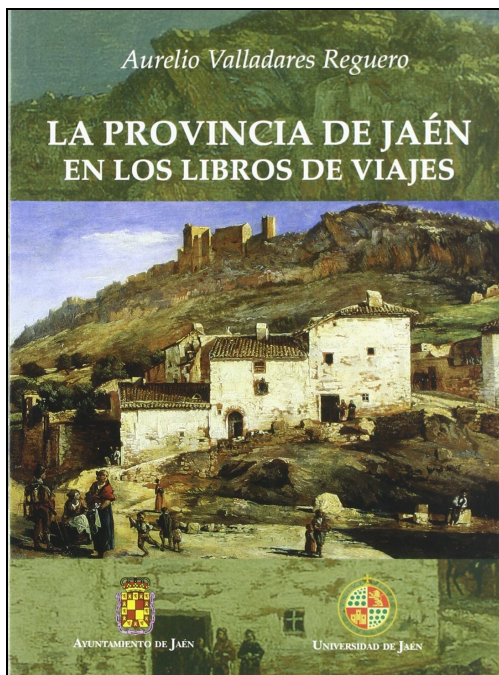
Almería vista por los viajeros: de Münzer a Pemán (1494-1958) // *José Domingo Lentisco Puche* ... [et al.] // Instituto de Estudios Almerienses, 2007, 794 págs.



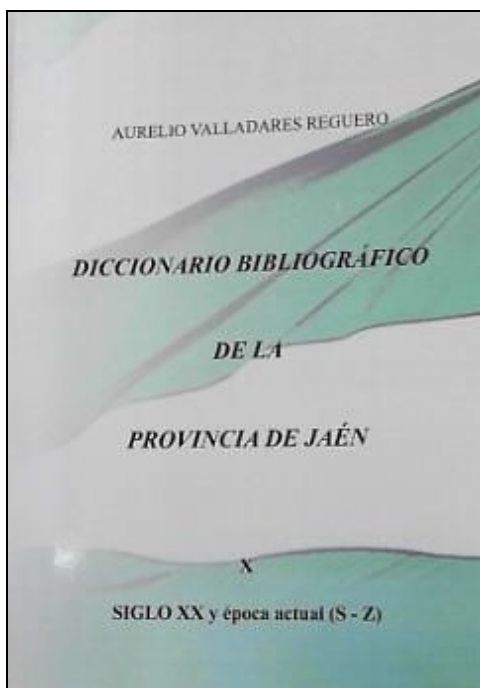
Granada en los libros de viajes // *Cristina Viñes Millet* // Ediciones Miguel Sánchez, C. B., 1999, 278 págs.



La provincia de Jaén en los libros de viajes: reseña bibliográfica y antología de textos // Aurelio Valladares Reguero// Servicio de Publicaciones de la Universidad de Jaén, 2002, 820 págs.

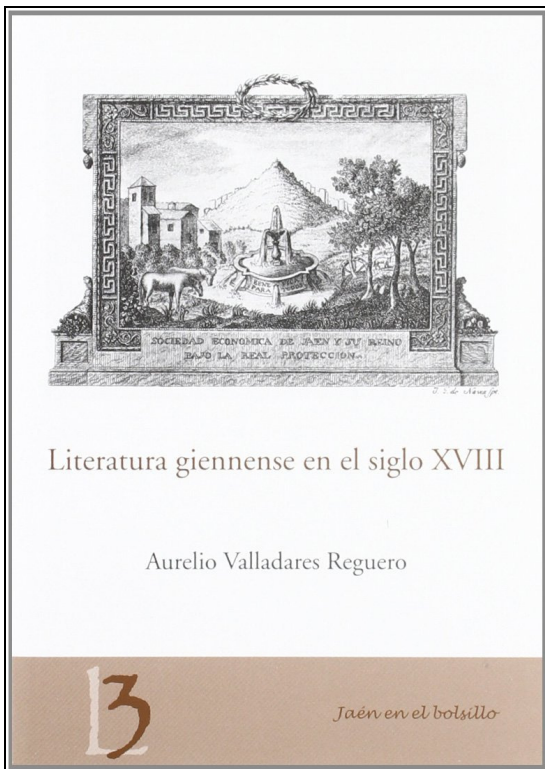


Diccionario bibliográfico de la provincia de Jaén // Aurelio Valladares Reguero//
Úbeda: Aurelio Valladares Reguero, 2012. - 10 v.

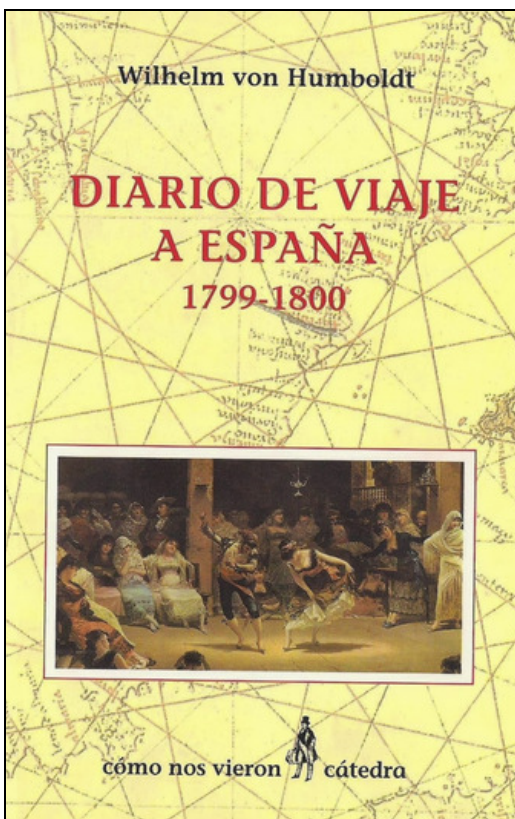


Contiene: V. 1. Edad Media - Siglo XVI -- V. 2. -- Siglo XVI - Siglo XVIII -- V. 3. -- Siglo XIX (A - G) -- V. 4. -- Siglo XIX (H - Z) -- V. 5. -- Siglo XX y época actual (A - B) -- V. 6. -- Siglo XX y época actual (C - E) -- V. 7. -- Siglo XX y época actual (F - K) -- V. 8. -- Siglo XX y época actual (L - M) -- V. 9. -- Siglo XX y época actual (N - R) -- V. 10. -- Siglo XX y época actual (S - Z).

Literatura jiennense en el siglo XVIII (Jaén en el Bolsillo) // *Aurelio Valladares Reguero* // Universidad de Jaén. Servicio de Publicaciones, 2008, 217 págs.



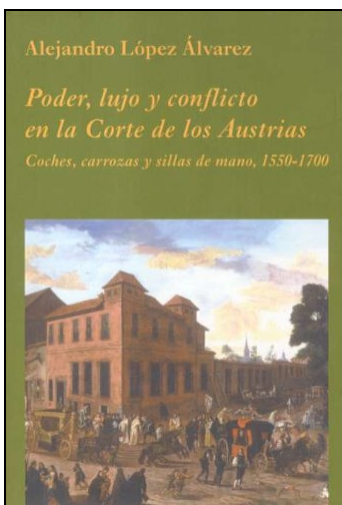
Diario de viaje a España (1799-1800) // *Wilhelm von Humboldt* (Potsdam, 1767-1835) // Cátedra, Madrid, 1998, 260 págs.



Garrido Domínguez, Antonio. Mujeres viajeras recorren la Andalucía del XIX: esplendores, miserias, femeniles arrojos y desasosiegos de cuarenta y cuatro extranjeras en la remota Hispania / prólogo de Santiago J. Henríquez Jiménez. - Ronda, Málaga: La Serranía, 2011. - 554 págs.



Poder, lujo y conflicto en la Corte de los Austrias. Coches, carrozas y sillas de mano, 1550-1700 // Alejandro López Álvarez // Ediciones Polifemo, Madrid, 2007, 736 págs.



RESEÑA DEL LIBRO

La obra de Alejandro López Álvarez es -en palabras de Rudolf H. Wackernagel, uno de los grandes especialistas en el tema- "un libro extraordinario; hasta ahora nadie había llevado a cabo un trabajo basado en amplias investigaciones de archivo en campos tan olvidados desde el Antiguo Régimen... convirtiéndolos en objeto de la discusión científica". Desde una óptica interdisciplinar, el análisis de los carruajes representativos (coches, carrozas, literas y sillas de mano) facilita una mejor comprensión del ceremonial y la imagen del rey y los cortesanos, los hábitos sociales, el consumo del lujo, la legislación suntuaria o las modificaciones de la urbe barroca a través de una abundante documentación archivística y una gran selección de testimonios literarios, gráficos y museológicos. Como afirma José Martínez Millán en la presentación: "Este libro resulta ejemplar, ya que aborda un tema inédito en la historiografía española y europea, que solamente se había estudiado desde el punto de vista erudito y ornamental... da dignidad histórica a una cuestión considerada anecdótica, precisamente desde un planteamiento cortesano, adentrándose en la articulación del poder. Esta circunstancia le ha obligado a afinar una metodología que puede servir de ejemplo a otros estudios sobre cultura cortesana".